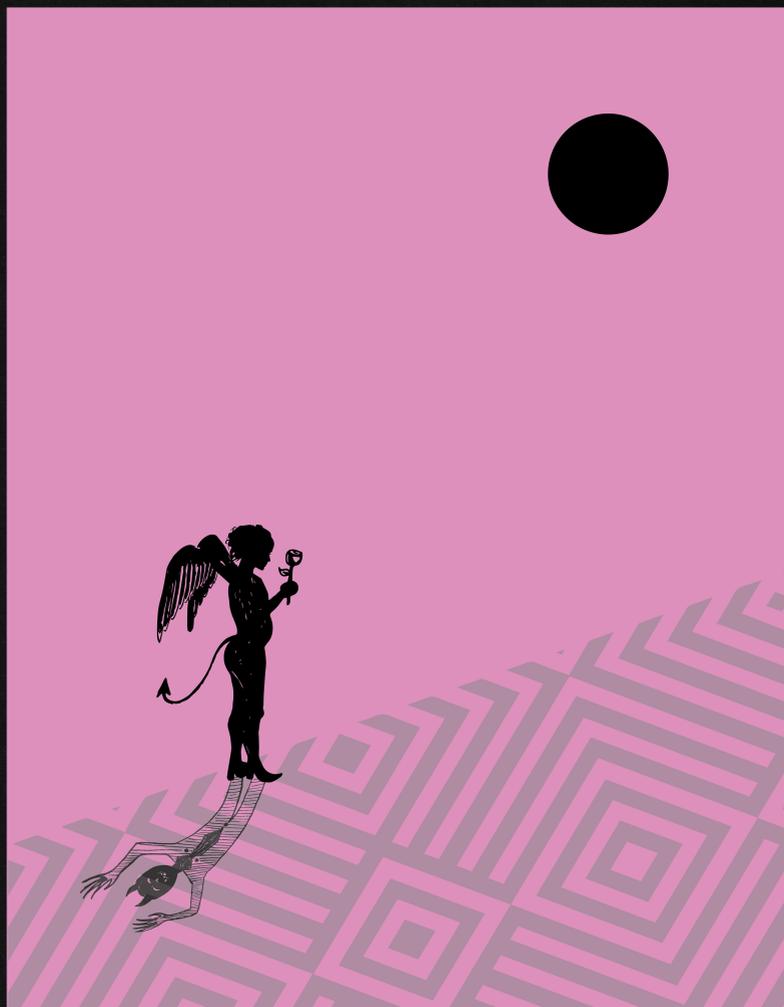


DE  
SANTOS, VÍRGENES  
Y DEMONIOS

historias de pacientes



*Magdalena Abad Rodas*







— DE —  
**SANTOS, VÍRGENES  
Y DEMONIOS**

historias de pacientes



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

## UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

**Rector**

Genoveva Malo Toral

**Vicerectora académica**

Raffaella Ansaloni

**Vicerectora de investigaciones**

Toa Tripaldi Proaño

**Directora de la Casa Editora**

Magdalena Abad Rodas

**Autor**

Sebastián Ramón Lazo

**Diagramación y diseño**

PrintLab - Universidad del Azuay

**Impresión**

---

### **De santos, vírgenes y demonios**

Magdalena Abad Rodas, 2023

Ilustración de la portada por Joaquín López Abad

Ilustraciones interiores por Sally Marr y Peter Dudar

ISBN 978-9942-618-24-5

e-ISBN 978-9942-618-25-2

Cuenca - Ecuador

2023

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,  
sin previa autorización de los propietarios





UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

# Agradecimientos

Al oficio de la Medicina, trabajo que me ha dado mucho aprendizaje, muchas satisfacciones.

A la presencia de mis hijos, que son la esencia para vivir.

A Fausto, que gustoso sigue trabajando y no quiere desconectarse con sus pacientes que le buscan y llegan confiados desde lejos.

A los brazos que me sostienen de un arcángel llamado Adrián. A la vida, que me permite poder engranar estas letras.



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

# Presentación

## “NO HAY ENFERMEDADES SINO ENFERMOS”

Samuel Hahnemann (1755-1843)  
Claude Bernard (1813-1878)

Gustavo Vega Delgado 1

Esta frase emblemática para la historia de la medicina cobra vigencia plena con el libro que presento. No se trata de descripciones de la locura, la epilepsia, la fibromialgia y otros males habituales del género humano, se trata de enfermos hospitalarios o ambulatorios que, con la lupa de médica y escritora, pasa revista a sus propias vidas. Entre la enfermedad y el enfermo hay un abismo y, por cierto, no hay una identidad. Se trata de una concomitancia; cada una de las historias de pacientes que Magdalena Abad Rodas transmite en su lúcida obra bibliográfica implica un abordaje desde la dimensión más humana de los pacientes como seres humanos que padecen – eso sí – determinadas enfermedades.

La mayor parte de las letras y palabras que en esta presentación escribo no son mías, ¡Vaya insolencia!, son citas textuales de la obra de Magdalena, pensamientos hondos y a la vez elementales referidos a cada una de las historias de vida aquí planteadas.



Siguiendo la trama de obras escritas con anterioridad y que tocan territorios similares, debemos citar, por ejemplo, la obra de Antonio Vallejo Nájera “Concierto para instrumentos desafinados”, en cuyo hermoso libro el psiquiatra madrileño aborda diferentes historias de vida de pacientes que, con la lupa de un escritor en la mitad del camino, a horcajadas entre la medicina y la literatura, lo hace con magia magistral. Cabe también citar la obra Los Renglones Torcidos de Dios, por Torcuato Luca de Tena, un escritor que subterfugiamente ingresa a un sanatorio fingiendo una enfermedad mental para captar, casa adentro, las vivencias más profundas de los pacientes.

“no lean, como hacen los  
niños, para divertirse o,  
como los ambiciosos, para  
instruirse. No, lean  
para vivir”

Gustave Flaubert

Historias de Santos, Vírgenes y Demonios es el título, y el subtítulo Historia de Pacientes. Es un recorrido de la práctica médica puesto en lenguaje literario, sin perder la hondura de la medicina existencial, como ya autores médicos y escritores lo habían hecho con aplomo y embeleso: Chéjov, Cronin y ya en el país adentro, Euler Granda.

“Libros guardados en fila y que como fantasmas bostezan cuando los muevo para resucitar immaculados”. Las metáforas continúan: “las conversaciones con los enfermos son el perfecto reclinatorio del repertorio de documentos humanos” o aquel otro pensamiento puesto en el propio prólogo “los dolores nos hermanan”.

Al comienzo de la obra poética, la escritora se confiesa: “quiero ser fiel a mí misma, mas termino siendo infiel a los demás”.

María Encarnación o la bipolaridad, un abordaje sutil de los pacientes que padecen de manía y de depresión cíclicas, “Atragantada en palabras mudas” nos dice la escritora. Cabe la reminiscencia de una obra reciente del escritor lojano Stalin Alvear: La Muda que Habla. Cuánto nos pueden convocar en palabras las personas que no hablan, palabras inaudibles, profundas e irreverentes, pero siempre ocultas, dispuestas a ser develadas. “Con atropellada imaginación va haciendo picadillo las palabras”; pacientes en “posición fetal, enredada en las sábanas y los pensamientos”. Pacientes “turulatos” o, como en Jacinta Florentina, en donde “la melancolía pudo más que la esperanza” o ese decir profundo



e ilustrado que desgarrar el pensamiento: “las jugadas de peón en ese ajedrez donde el rey y la reina no valen nada”.

En la descripción y profundidad sobre otra paciente, María Adelina, se lee: “almas que suplican amor sabiendo que es mentira” o aquella otra que como un dardo hinca la piel: “almas apolilladas por el desamor”. Quizás las metáforas se agolpan en tropel en la siguiente: “amor acorralado en una jaula de barrotes de carrizo”.

En Juana Lucrecia se lee y se aprecia, se siente y el lector se anonada: “Ella canta y reza los duelos pasados”. Y, de la mano de Manuel Rosalino, nos hipnotizan las figuras literarias: “pómulos salientes como duros macizos del cerro” o algo tan áspero como observable en las camas de los pacientes hospitalarios: “almas abrazando sus huesos”. Vaya dicotomía y fina ironía a la cirugía cuando, en Samuel Rosendo, recorremos los ojos en el relato: “bisturí en sus manos - guadaña u hoz segadora”.

La interdisciplinariedad en las ciencias salpica ilustración en el relato de la escritora. “Excavaciones arqueológicas de las psiquis” qué manera tan sutil de mencionar los escondrijos de la mente humana. Aquello podemos apreciarlo en la descripción de otro paciente, Isaac Rigoberto. En María Conchita apreciamos el aporte de las ciencias al servicio de la literatura: “rebobinada en su memoria”. Y, en María Aparecida, vemos un juego sutil de palabras. En vez de referirse a las circunvoluciones del cerebro, la escritora

juega con las palabras siguiendo a Ludwig Wittgenstein: se refiere mejor a las “circunvoluciones del espíritu humano”.

En María Adelina nos lleva de la mano al Medioevo, sus catedrales y construcciones góticas, cuando leemos el símil de “mirada de gárgola” o en la comparación zoológica de pacientes afectados por la crudeza de los golpes: “ojo morado como mapache”. En Gervasio Sebastián encontramos la siguiente frase: “traje armoniosamente craquelado”, importando la frase del arte y la artesanía de las maderas cuando son trabajadas a manera de que sus figuras se aprecian rotas, fisuradas y, sin embargo, bellas. Hay, además, un salto al pasado, cuando se refiere a pacientes anacrónicos: “con anteojos de marcos gruesos de carey”.

Deleitados al leer de Violeta Celeste, apreciamos metáforas existenciales que solo la literatura, más que la filosofía, sabe dar en el quid, en la médula y en el numen de la vida: “esas pasiones que como lava incandescente se ahogan en el remolino de los deseos”. O algo tan pragmático como hedónico y real: “soñando con la dicha de un hombre ajeno”.

Seguimos ojeando el libro inédito de Magdalena, a veces untando los dedos con saliva por la avidez de que las páginas no se salten de la lectura de dos en dos. Y en Martín Eliseo asoma una frase demoledora: “el sexo es consuelo cuando el amor no alcanza”. Frases como esta podemos encontrar en “Amor en los tiempos del cólera” del premio Nobel García Márquez y, sin embargo, lo tenemos también con otro formato y originalidad en poetisas mujeres de nuestro país.



En Tránsito Raquel, la autora describe en filigrana el paño de Ikat y los finos bolsicones de las mujeres. Además, compara a la vista con metáforas religiosas: “la gruta de su ojo”. Y se vuelve filosóficamente pedestre y grande: “la muerte es más universal que la vida”.

En Dulce Adriana, apreciamos la constancia de que hay síndromes que tienen mil lecturas y que, más que orientarnos, estas nos conducen al desvarío. La fibromialgia es “ese cajón de sastre” de los diagnósticos. En Filomena Isabel aparecen descripciones sobre la medicina mágica: “al sapo viudo le reconocí en los ojos”.

Cuando recorremos las páginas sobre Luisa Vicenta, la pregunta es parva y profunda: “¿En dónde yacen las palomas luego de vivir treinta años?” La frase nos lleva de la mano a las preguntas existenciales en Carta a Lizardo de Juan Bautista Aguirre:

*¡Ay, Lizardo querido!  
si feliz muerte conseguir, es justo que  
advertido, pues si naciste una vez  
dos veces mueras.*

*Así las plantas, brutos y aves  
 lo hacen: dos veces mueren y una  
 sola nacen.*

En las páginas cuyo título reza Ruth Magdalena, quizás estamos frente a notas autobiográficas colocadas en la máquina del tiempo rumbo al futuro. Bellos tropos, metonimias, sinécdoques y otras figuras literarias adornan la estética de su composición. También usa – sin abusar del idioma nuestra autora – el hipérbato, como es práctica usual en inglés, alemán y también en castellano, aunque solo cuando se exploran expresiones poéticas. Hay otros adornos literarios bellos: “Caracola adolorida” o aquellos otros giros como “ojos negros capulí” o también este otro que parte del exotismo de algunas frutas: “arándanos danzarines”. El paso de las hojas de esta paciente explorada en literatura y en medicina por su autora nos recuerda a la fuerza poética de Federico García Lorca.

El libro trae un capítulo sobre visitas domiciliarias, tan caro, tan placentero, pero tan humano y sacrificado sobre todo de los médicos de antaño. Hoy, las visitas a domicilio de los médicos ya no existen en el diccionario de la medicina, porque no solo la salud está enferma. La medicina está enferma y aquellos tiempos en donde los médicos salían a visitar a pacientes, a veces a pie, a veces en bicicleta – recordemos a Timoleón Carrera Cobos y a Leoncio



Cordero Jaramillo, con el maletín a la grupa de la bicicleta asistiendo a pacientes en sus respectivas casas– y también, más modernamente, las visitas a domicilio en auto.

Antes, los partos se atendían en las casas, ni se diga de atenciones de cirugías menores y de clínicas en sus distintas especialidades. Recuerdo que mi padre, médico, José Vega y Vega armaba quirófanos ambulatorios en los claustros de monjas para atenderles de una crisis de apendicitis aguda y otras emergencias quirúrgicas en tiempos en donde el obispo no daba autorización para que las monjas salgan a hospitales y clínicas en emergencias como aquellas.

De vuelta a nuestra escritora, se lee en visitas domiciliarias párrafos sapientes. Su trabajo de visitar a pacientes los viernes por la tarde y encontrar que “en pobreza hay gratitud y humildad sin límites, en riqueza hay exigencia, mirada inquisidora y cuestionadora”. También la percepción de la poetisa cuando menciona “envejeciendo y enfermando nos vamos haciendo más creyentes”. El juego de la enfermedad y de la longevidad circulando en la misma ruleta en el carrusel que lleva del agnosticismo a la religiosidad. Metáforas más llanas y elementales como los versos de los poetas grandes: “disgregándose como algodón de azúcar”.

Como los versos sencillos de José Martí:

Yo soy un hombre sincero  
De donde crece la palma y antes  
morirme quiero hechar mis  
versos del alma (...).

Yo sé los nombres extraños  
De las yerbas y las flores  
Y de mortales engaños  
Y de sublimes dolores.



Seguimos untando saliva para pasar las páginas de una en una para no sacrificar y así encontramos un nuevo título: *Memorias de la Medicina Rural*, sobre todo aquellas que giran en torno a la Amazonía ecuatoriana. La bella metáfora es casi en una alegoría. (La ortodoxia lingüística menciona que una parábola es un juego continuo y permanente de metáforas seguidas; por ejemplo, el Antiguo y el Nuevo Testamento están cosidos de alegorías). También aquella de “cuello blanco y zigzagueante del Sangay” ese volcán incandescente, nevado cuando está tranquilo e iridiscente y pukañawi cuando despierta, tan seguido, en su voracidad telúrica. Ya lo percibió Juan León Mera cuando, en la novela *Cumandá*, hiciera del Sangay un volcán universal. Reminiscencias de los pasos recorridos en la selva tropical y la augusta inmensidad de los bosques se descubren en esta parte del capítulo de nuestra escritora – de la mano de Fausto –. La portentosa terapia de la guayusa, botánica emblemática de los saberes ancestrales, no puede faltar y siempre de vuelta a pensamientos existenciales y teológicos: “entre el insomnio y la fe”.

El epílogo del libro se vuelve humano y desciende a los límites de la cotidianidad cuando en “Ñusta y El Manchas” la autora, agachándose sobre un reclinatorio, se acerca a mirar lenguajes escondidos de los animales de casa. Entre su perro con sus quince años a cuestas y “sus cataratas seniles” en sus ojos. O al percibir en su felino doméstico, su gata “color negro tizón” y su “iris vertical enigmático”.

Imperativo categórico debería ser que un estudiante de medicina de los nuestros, para graduarse ha de leer-disfrutar-comentar el presente luminoso libro, que la suerte me ha concedido en presentar.



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

# Prólogo

Cómo adornar las palabras, cómo  
ribetearlas para que lleguen suaves  
como la espuma y dancen en dulces  
melodías o resbalen por una ladera  
de rosas  
mientras se pone el día y mis  
sueños se iluminan y el agua de los  
acantilados canta demorando mis  
amaneceres.





Mi sensibilidad, muchas veces narcotizada y dormida, se despierta con facilidad cuando rastreo otro rostro, otra piel y busca vaciarse en papel, en una página en blanco. El hermoso trabajo del quehacer médico hoy tiene el aroma grato de los recuerdos. Me di doce meses de plazo –en mi embrionaria imaginación– para escribir estas vivencias, hurgando, rebuscando en el estante donde están los libros guardados en fila y que, como fantasmas, bostezan cuando les nuevo para resucitar immaculados cuando reviso sus prólogos, ediciones, títulos. Me detengo en sus páginas, en sus párrafos, en sus palabras y escucho entonces el fuerte rugir de su maravillosa condición de leones dormidos.

Las ideas vienen, se escriben en la noche, en el amanecer, luego de una siesta, en el carro, en las horas libres, en cualquier lugar donde se intensifiquen los imparables pensamientos que llegan como si quisieran duplicar la vida, tratando de amar mejor este mundo, de aprender, de crear, de creer en la continuidad de la vida, tesoro dorado, hermosa caja de sorpresas. El pasado es frágil, la memoria es porosa, anoto para recordar, para no olvidar los sueños al despertarme, para que no se desvanezcan los recuerdos que me asaltan y, al igual que la fragilidad de nuestra piel y de nuestros huesos, yo anoto por la satisfacción extraña que siento al hacerlo y entonces me acuesto cansada.

Es el relato de personajes que he conocido, condimentado con la narración y un lienzo pintado de añoranzas, de

nostalgias, de dolencias y algo de imaginación. Cada ser humano es una historia, un paisaje a describir, un árbol cuyas raíces se hunden en la tierra y emergen hasta el cielo. Noches de turno en un hospital, cuando el mundo de los sentimientos me invadía y se agitaba también en el de los demás. Las conversaciones con los enfermos son el perfecto reclinatorio del repertorio de documentos humanos, mezclados entre la sensatez y la cordura con la fuerza del amar y ser amado que inspiran el inconsciente personal y colectivo.

Tengo en mi memoria el rostro y la mirada dura de una mujer de pelo cano que sostenía una cartera cuarteada por el uso, usaba medias color carne fijadas por una liga debajo de las rodillas que le dejaban un anillo violáceo que impedía más aun el flujo de sangre. Llegan reminiscencias como las roturas, los descosidos, los asaltados, los maltratados, los marginados, borrachos y vagabundos batallando contra la intemperie, etc.. Así, las malas noches se prolongaban, cada caso era un tema especial, nada es repetido en los seres humanos, la identidad es única, la vida está repleta de sorpresas divertidas, atroces, serias, amenas, reveladoras y muy significativas en el comportamiento humano. Las Casas de Salud son el recinto en donde se anulan los pensamientos barnizados, los maquillajes y la moda, las palabras bonitas o la marca del carro que manejan; los dolores nos hermanan.

Recreo las conversaciones con pacientes con diferentes



patologías y estados de comportamiento, desde las neurosis más sencillas hasta estados de psicosis; enfermos con dramas desgarradores, cada uno más que otro. A los médicos se nos ha dado la posibilidad de sanar, en nuestras manos está el poder de preservar la salud y vencer a la muerte, prologando su mirada sobre nosotros, aunque muchas veces escuchemos la respuesta que tantas veces nos desgarrar el corazón. ¿Cómo atrapar o en dónde encontrar esa esquiva magia con que se envuelve nuestra frágil existencia cuando la vida se desvanece como algodón de azúcar diluyéndose en la nada?

El acto de escribir actualiza el paso por la vida eclosionada en el abismo de los silencios punzando el corazón o en la envoltura corporal, coraza dura con la que sobrevivimos cargando la alforja pesada de la genética en convalecencia de emociones y de historias fragmentadas. A todos nos cobija el deleite de una puesta del sol perdiéndose en el occidente, una noche de estrellas en el firmamento, una poesía que nos conmueve y nos dulcifica. Hoy, inclino mi devoción hacia mis pacientes y sus anhelos, les quiero sin conocerlos y escribo ahora sobre ellos, aportando, sin equivocarme, a la continuidad de su vida.

Los he llamado con nombres de santos, santas y vírgenes porque recuerdo que en vacaciones —época de cosechas— y en medio de la chacra y de una loma de mazorcas, mi madre preguntaba a los campesinos ¿cuál es su gracia? y respondían

sus nombres, que casi siempre estaban acompañados con advocaciones de estos seres virtuosos a quienes sus padres los encomendaban para que les guarde y les proteja. Así entendí que los nombres restauran la relación con Dios, con nuestra devoción, con nuestra religiosidad, con nuestros orígenes y nos recuerdan el camino a seguir, grabado en la memoria de nuestros padres como un regalo de fe. Sin embargo, el carácter y el temperamento de algunos de ellos, en franca contradicción con esta intención, en nada se asemejan a las virtudes proclamadas por estos hombres y mujeres del cristianismo.

Dicen que para los médicos que trabajan en los hospitales presenciar la muerte es un hecho trivial y sin reparo; me esforzaba para que así fuera, pero nunca logré superar en mis adentros este delicado hilo dorado que de pronto se rompe y ennegrece la vida. He tomado agüita de valeriana y tantos remedios caseros que me han aconsejado para las penas, pero no me han dado resultado. En ese continuo sobrevuelo de ideas, de escenarios vividos –comparsa pasajera en el desfile de las máscaras– acompasando el sonido con que marcamos nuestra huella y la de aquellos que nos precedieron y que pelearon contra la muerte, he pasado mi vida sumergiéndome en otras vidas y haciendo un esfuerzo camaleónico para acercarme a ellas, vigilando ese revoltijo de sentimientos en los otros que bien podrían ser los míos.



Desde mi escritorio observo las fotos de mis hijos, retrocedo el tiempo. Ellos reaparecen niños, aparecen jóvenes y se desvanecen, siento el golpeteo de sus corazones en mi piel, en mi memoria mientras revivo mi paso por pasillos y corredores, por quirófanos y consultorios.

Quiero ser fiel a mi  
misma, mas termino  
siendo infiel con los demás.  
Magdalena Abad R.







## MARÍA ENCARNACIÓN DE LA VIRGEN AUXILIADORA

En una telaraña de pensamientos se agita su vida, altas y bajas mareas adornan su bipolaridad. En días oscuros, transita sin salida y sumida en la depresión habla como mordiéndose las palabras y otras veces destripándolas minuciosamente mientras sus recuerdos alambrados en una recitación extenuante tratan de recuperar la estructura desmoronada de la infancia que se fue.

Habitante de otros mundos, experta en el arte del coqueteo, a veces era rubia pelirroja, otras ocasiones traía su pelo negro rizado y ciertos días alisado. Se alababa sin medida, ingeniosa en sus conceptos, cambiaba sus estados de ánimo con frecuencia y en el mundo confuso en el que ahogaba sus sentimientos cada mañana al hacer la visita médica – irritable y despectiva– me mandaba al infierno y al instante me vestía de ángel con su capa de oro.

Las rupturas y las fragilidades que rodean a la convivencia humana en todo su existir imprimen y se inscriben en roca, con pluma fina y tinta derramada en quebrantos. Discreción demencial, tormenta y vientos que arrasan sin piedad a la intemperie en la esfera de los sueños y de los ensueños, bagaje de sombras mustias que tienen peso y adquieren envoltura en el subconsciente.



María Encarnación daba largos paseos por las calles de Cuenca, desde San Blas a San Sebastián iba deteniéndose en las vitrinas de los almacenes de la calle Bolívar; le gustaba ir a las ferias, perderse en el bullicio y comer empanadas y choclos con queso. Se extraviaba entre la gente en los parques y en las fiestas cívicas, en el ruido de la música callejera; entre tambores, danzantes y zanqueros disfrutaba de esa imparable escaramuza de la vida que cansada se agota y decae en una noche de luna llena.

La mayoría de pacientes con trastornos mentales adquieren un sobrepeso considerable. Ella era una golosa empedernida, se devoraba los dulces de Corpus en un santiamén sin pasar por alto las crocantes empanadas a la salida de las iglesias, cuando la custodia dorada se exponía en el altar mayor en el Santísimo Sacramento. El olor a incienso le molestaba, decía que le dolía la cabeza y, por eso, con una rápida genuflexión se despedía de los templos religiosos.

Atragantada en palabras mudas, me detengo en su dulce sonido. Bailarina debutante, corazón de fuego, pentagrama esquivo del recuerdo, oferta izada para el amor y el olvido, hoy bandera desflecada en soledades. ¿Cómo desarrugar tus envejecidos sueños? ¿Por dónde empezar a vivir tu vida? ¿Cómo suturar tu historia descosida, deshilachada y desecha? ¿Cómo? navegante sin luz entre las sombras.

El universo donde habita está muy adentro y es allí donde hierven los rencores que pisan hondamente las profundidades de su ser y que, en cualquier momento,

emergen burbujeantes y fermentados agitándose al unísono como peces atrapados en la red, moviéndose inútilmente con fuertes coletazos en su intento por seguir respirando. Envejece, tiene poco pelo –una especie de lanugo entremezclado con los surcos acartonados de sus cachetes–; sus ojos, bien abiertos en permanente estado de contemplación, se pierden en la distancia seductora con que alimentaba su ego años atrás, mientras el iris de sus ojos se desvanece ante el calendario, ante el recuerdo de ese apetitoso tiempo soñador con que embriagaba en otra época sus picardías, esos espacios laberínticos donde se hallaba consigo misma. Ahora, acaricia sus débiles brazos como haciendo un paréntesis para abrazar nuevamente el vuelo de la vida.

María Encarnación es experta en relatar historias inventadas, de esas que nos llevan más allá de nuestro mundo, hacia ese inconcluso viaje de la vida que, como ventosas, nos atrapan y regresan a esa luz iridiscente, a ese abrazo suave y manso con que nos arropan las estrellas. Es ingeniosa en sus comentarios, ángel de dulce naturaleza que guarda vivencias envueltas secreta y sigilosamente en papel de seda. Cada vez me entretengo más con ella, mirándole cuando no me mira.

Personas en apariencia firme y sólida, pero piel adentro carcomida por el moho del dolor, de la represión, de su intimidad anulada, agonizando amores entre sus manos, asfixiándose en las palabras con el poco oxígeno que les queda. A veces, le angustian los días, vagabundeando entre



las horas, apostando a los reencuentros, a las promesas de amor no cumplidos, a los desengaños. Así vivía, con su corazón partido, enferma de distancias y de segundos convertidos en pedazos de piedra golpeando sin cesar sus querencias.

María Encarnación nos desconcertaba por sus frecuentes amnesias emocionales, sus relatos de constelaciones fantásticas, de personajes irreales, de imaginarios y seductores amantes, de fiestas fastuosas y extravagantes que solo cabían en la fiebre de sus delirios y que la transportaban a una realidad que solo se develaba en el mundo de sus sueños.

Una hermana nos conversaba que, cuando era una risueña joven de dieciséis años, le entregaron a un ciudadano formal —con ciertas tenencias— como su futuro esposo. Cosa difícil el obligarle a querer lo que nunca quiso, dejando atrás un amor tierno y dulce de un hábil artesano, de gustos sencillos, pero con una oferta de un amor luchador —a largo plazo— y quien, cansado de tanta humillación, tomó otro rumbo, dejando atrás la esencia de la dicha y la felicidad.

Desde entonces cambió su vestimenta —corte masculino— y sin maquillaje caminaba por el zaguán de su casa en un interminable vaivén sin salida, en busca de ninguna parte. La prisa era la libertad y encontrar la perdida liviandad, estaba acorralada por el dolor y el sufrimiento. Cuando abrían la puerta se escapaba por el plomizo asfalto, tratando de despegar por el sendero perdido y perfumado que

imaginaba para ella. Olfateaba los pétalos púrpuras que se escaparon de su vida sin darse cuenta; vuelo ligero de ángel presto para el abrazo y los encuentros.

Con solo veintitrés años caminaba con los hombros caídos, cabizbaja, con sus labios cerrados, espantada por el ruido del mundo y los ronroneos que no llegan a ninguna parte. Atribulado corazón, preso y desbordado por tantos anhelos, con atropellada imaginación va haciendo picadillo las palabras, palabras desechas en vocales, en consonantes, extraviando los adjetivos en amores que se esfuman en rompecabezas, en sollozos. Tiempo arrebatado por la sinrazón, dueña de nada, su corazón –joya brillante– cambiado por baratijas, gasta sus sueños en el resbaladizo mundo de las quimeras.

Había días mudos, no quería hablar María Encarnación. Pasaba mucho tiempo en posición fetal enredada entre las sábanas y sus pensamientos, a veces se incorporaba inconsciente y luego, acurrucándose y envolviéndose, por instantes apretaba los silencios huracanados de sus ideas, de sus sueños y otras, lúcida, para relatarnos sus anhelos y sus añoranzas que son también las mías, las nuestras, la de todos.

Un lunes, inicio de semana, amaneció elegante con una faldita azul, chaqueta blanca y con un bonito peinado como anhelando encubrir los problemas, esos que se negaba a desvestirlos, a desnudarlos, a mostrarlos en su despellejada piel adornada de lencerías doradas. Ese día, por su cabeza desfilaron expectativas de todos los colores, planes de



viajes y sitios lejanos, citas amorosas sobrevolando entre las nubes, carruseles hacia el cielo, vagones de trenes que dejan serpenteantes estelas de humo en el firmamento, montañas verdes, frutas gigantes cual pinturas de Tigua, recreando, acariciando la imaginación de los sentidos, mientras su yo diminuto, liliputiense, sonriente se deslizaba por el hilo plateado de sus cometas.

Personas solitarias con sus corazones empantanados, con el aire salado de las sombras envolviéndoles, cargando una pesada alforja atiborrada por el abecedario de ideas alambradas, con sus ojos dolidos por el sufrimiento de esos instantes de caricias rudas que revoloteaban ruborizando sus propios cuerpos y que estrangulan los sueños, los miedos y los placeres. Débil existencia hecha pedazos, encadenada al silencio hasta el final de sus días, amores que nos arrojan al despeñadero de las sombras.

Permaneció más de un mes en el sanatorio y, al despedirme de ella, sentí una amarga punzada en el corazón. Su panorama y el camino a transitar no cambiaría, estaría apelmazado por los fármacos, y los cuidados de su hermana mayor que pronto se esfumarían por el tedio de historias repetidas, de la cantaleta de palabras y de las ideas afiebradas que estallan en delirios, hasta que su hermana —algo turulata también— intente otra vez hospitalizarle.

Gracias María Encarnación por hacerme crecer y perderme feliz en tus paisajes.







## JACINTA FLORENTINA DE LA FELICIDAD

Le rodeaba el fantasma atroz del suicidio de su marido, quería irse lejos para nunca más volver, deshacerse de sus pertenencias. Su esposo era un hombre apuesto, viajaba por su trabajo alrededor de toda la América del Sur, era parte del equipo de una empresa de motivación personal queriendo cambiar el mundo... ¡Intención fallida! Murió jorobado por la angustia que le provocaba que la gente no piense diferente, pese a sus consejos.

Es que María Jacinta debes entender que la verdadera transformación viene desde adentro, cuando el corazón está sembrado de sabiduría, de entendimiento; gracia especial con que el Espíritu Santo nos cobija, solo un cambio individual puede cambiar el mundo..., le escuchó decir muchas veces a su marido, aunque su razonamiento le llegó un poco tarde, porque la melancolía pudo más que la esperanza y le fue imposible cerrar heridas abiertas por el bistorí del pasado y enraizadas en su temprana infancia.

Espíritus utópicos que caminan con pasos acelerados por la vida y que un día cualquiera estallan como un vidrio partido en mil pedazos, cuando ya no hay tiempo de repetición, de reconsiderar tormentos que enmudecieron el alma y le consumieron acortando las jugadas de peón, en ese ajedrez donde el rey y la reina no valen nada. Pasó algunos meses



sin alimentarse, supe que Jacinta Florentina de la Felicidad tomó esa decisión porque estaba desahuciada. Acostada en una cama bellamente tallada –con menos de cien libras– entre lámparas y porcelana todo se hizo añicos cuando ella finalmente partió.



## JOAQUÍN MARÍA DE LA SOLEDAD

Había ingresado un fin de semana al Departamento de Neurología, aunque al comienzo no se le veía el rostro de Joaquín María de la Soledad porque una media manta oscura le cubría. Solo asomaba su filuda nariz dirigida hacia la pared mientras de su cama se desprendía un intenso y penetrante olor a orines. No había ningún dato que le identificara, al parecer no estaba asignado a ningún médico tratante, nadie se interesó por él.

Sin embargo, el ruido de su ronquido y su prolongada inspiración indicaban que había convulsionado recientemente. La enfermera refería que se le encontró de bruces sobre la baldosa, lo levantaron en hombros tratando de ponerle boca arriba y dejar libres las vías respiratorias para recostarlo mientras una espuma rosada se desbordaba por la comisura de sus labios. Sus ojos veían quietos una misma dirección hasta cuando llegamos a la visita médica.

Es dramática la experiencia de una convulsión, se veía más a menudo en los pueblos por la falta de atención médica y la creencia de que esta condición era “un mal”, un “castigo divino”. Tanto curioso alrededor del cuerpo inmóvil y tendido luego de un triste episodio como este, como la sombra de su propia muerte.



Pasaron los días y no logramos saber su nombre y procedencia, colaboraba muy poco, o tal vez tenía un problema congénito del lenguaje; una mañana encontramos su cama vacía, se había fugado. En sus subsiguientes ingresos, supimos que es un indigente que no se somete al tratamiento fácilmente, después de tantos episodios de caídas. Desde hace algunos años, hablaba frases incoherentes y disparates.

Lo conocían por estar merodeando las puertas de las iglesias, los párrocos le daban comida a cambio de ciertos servicios religiosos como recoger limosnas, apagar las velas hasta que su vida se extingue en el candil débil de la muerte.

Contemplo ahora la misma calle donde presencié, tiempo atrás, un ataque convulsivo; hoy está muy limpia, lavada por la lluvia reciente y con ese brillo barnizado que se tapizan los adoquines cuando amaina la tempestad. Recuerdo y respiro ese delicioso aire de humedad que me hace renacer de nuevo.



## MARÍA TEOLINDA DE LA VÍRGEN DE FÁTIMA

En la entrada del hospital del Seguro Social había un quiosco pequeño, de paredes revestidas con mostradores llenos de fundas de papas fritas, bombones, chicles y toda marca de cigarrillos desde el Chester hasta el Lark; pero, además, mentol chino, vick vaporup, mentol Davis y otros ungüentos que carecía la farmacia y aliviaban los males hasta que llegue la atención en emergencia. Su vendedora, doña María Teolinda de la Virgen, con su figura fuerte y regordeta, tal cual escultura de Fernando Botero, tenía una memoria especial para adelantarse a los gustos del personal que laboraba en esta casa de salud y con una agilidad asombrosa alargaba sus brazos para tomar los periódicos o revistas –Vistazo, Estadio, Selecciones etc.– para sus clientes, sin que pierdan tiempo. Ya conocía sus aficiones y afinidades.

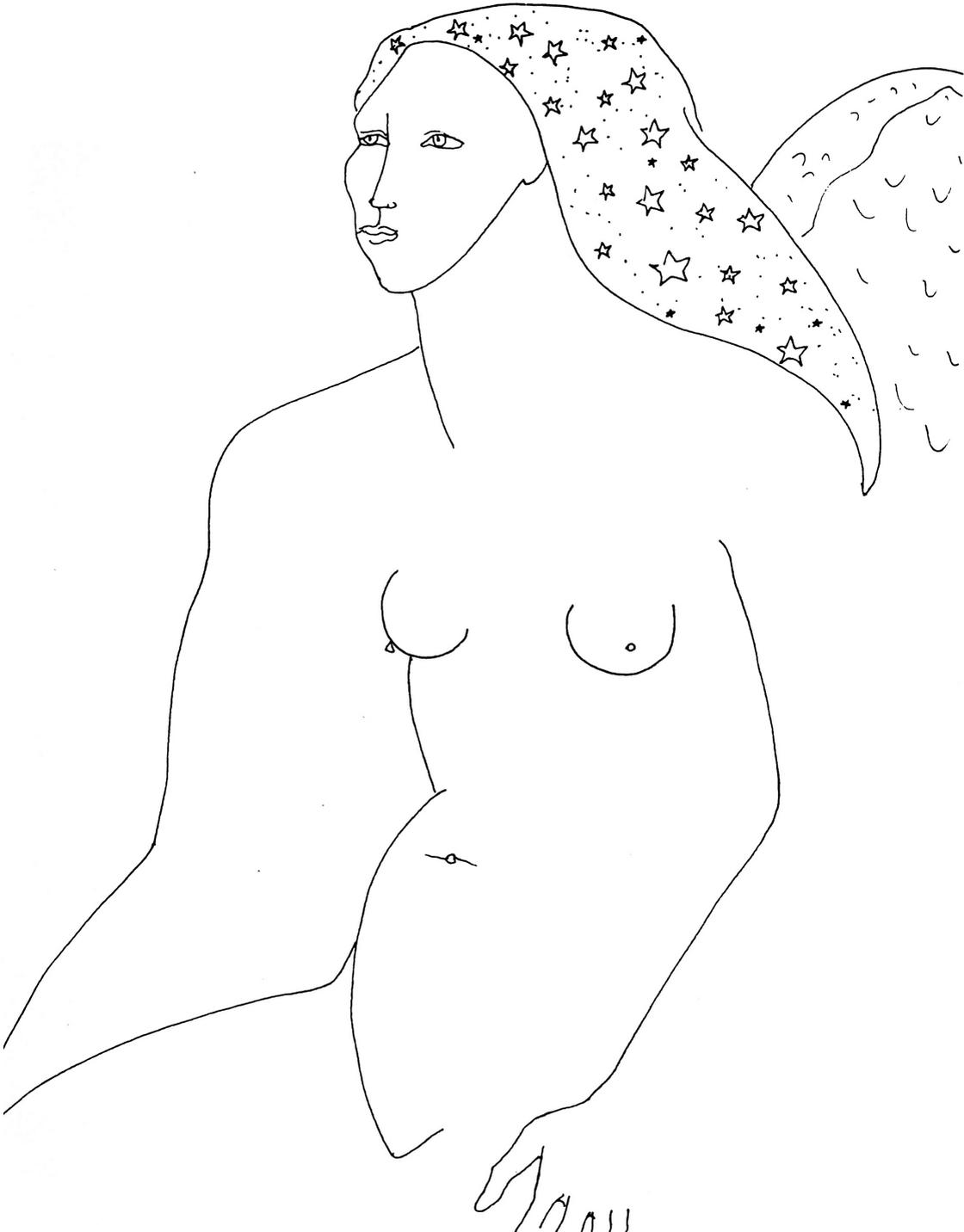
Abría puntualmente a las seis de la mañana y cerraba llegada la tarde, luego de hacer una prolongada siesta bostezando y acomodándose su largo faldón que le llegaba hasta los tobillos, nunca usaba calzado. Trajinó con sus pies descalzos hasta su muerte, haciendo de cada pisada una procesión santa, siempre en contacto con la energía de la tierra, siguiendo las huellas de Jesús camino al Calvario, como ella a menudo decía.



Poco a poco su sedentaria vida se complicó con una enfermedad cardíaca y otras dolencias vasculares. Jamás quiso aceptar tratamiento para su diabetes, desafiando todo apoyo médico de quienes eran sus clientes favoritos y estaban prestos a ayudarla.

Siempre me intrigó el comedimiento de su hijo, quien conseguía en un dos por tres la caja funeraria para los pacientes fallecidos como una muestra de apoyo con los deudos y dolientes, solidaridad que yo alababa y le expresaba abiertamente a su madre. Con el tiempo me enteré que tenía una comisión con las funerarias de la manzana desde hace algunos años atrás, y eso les permitía un ingreso mayor que las ventas de la caseta.

María Teolinda de la Virgen de Fátima tuvo algunos hijos con un hombre alcohólico que nos decía había fallecido por el trago; sin embargo, se juntaba con su marido los fines de semana. Le conocimos cuando se le vio en su velorio, llorando la partida de su abnegada mujer.







## JUANA LUCRECIA DE LOS REMEDIOS

Ella canta y reza los duelos pasados,  
su melodía le eleva, le lleva.  
De sus labios salen sabias palabras  
como si brotaran de la tierra.

Cantan a la dulce arcilla que  
envuelven los huesos, al  
santuario donde reverdecen las flores  
a la caricia sutil de la energía divina  
que transforma las células.



Sentada, balanceándose en una mecedora de palitos de madera, una señora de falda larga y plisada, con pantuflas gastadas como felpos se balancea lentamente, esperando el rostro de un hijo, de un nieto o de alguien. Aguardaba así para conversar, para escuchar, para agrandar el latido de su corazón con una sonrisa, con una caricia o quizá con una deliciosa golosina para degustar en su boca.

En las tierras orientales donde se come la chonta, el palmito, la yuca, la guayusa y abundantes frutas de esta generosa y pródiga tierra, vivía Juana Lucrecia de los Remedios. Fui a atenderle en su domicilio porque se negaba a asistir a una casa de salud, difícil paciente porque no respondía a las preguntas para establecer el diagnóstico; se detectó que tenía presión alta, que no fue tratada nunca y que, además, su considerable sobrepeso le desató una diabetes.

Juana Lucrecia solo decía que tiene que morir de muerte natural y no estaba dispuesta a tomar ninguna medicación, solo la monotonía de sus días y el chirrido que hacían las tablas mal ensambladas de su dormitorio cargadas de recuerdos, le acompañaban las noches de luna llena cuando abrazando su redondez plateada se ponía nostálgica por los que conoció, por los que se fueron, por los que no acertó en la cura.

Juana Lucrecia de los Remedios era conocida por las artes de la curandería que practicaba, era una anciana curandera

respetada por la comunidad; ella acunaba en su memoria multitudes que las anotaba en el diccionario carmesí de sus añoranzas impresas en los resquicios más profundos de su alma.





## MANUEL ROSALINO DE LA SANTA CRUZ

Recuerdo el día que llegaba para la guardia de fin de semana. Había dejado a mi pequeño hijo Joaquín con los cuidados necesarios para administrarle dos onzas de leche en un pequeño biberón de tapa azul celeste y otro blanco para una hora después. Besé su tierna mejilla y frotando su nariz contra la mía me despedí, mientras sus ojos de abundantes pestañas me miraban añorando sin tardanza mi regreso, aunque muchas veces no era como se planificaba por las complicaciones que presentaban los enfermos.

Apenas había llegado cuando apareció Manuel Rosalino de la Cruz, indígena cuya soledad creció con las alturas. Sombrero plumizo y alpargatas enlodadas en sus callosos pies, zamorro pulchongo, poncho de franjas rojas amarrado a la cintura por una faja descolorida. Cabeza gacha, pómulos salientes como duros macizos del cerro enmarcaban su rostro, su mirada aún atrapada entre los pajonales y los silbidos del viento que rozaba el techo andino, cambió al pisar la baldosa y los azulejos verde menta brillantes de los pasadizos del hospital.

Rosalino, con su atuendo indígena y tocándose el tórax con sus manos, llegó en busca de la solución para un dolor que sentía en el pecho y que dificultaba su respiración. Cual guagra encabrestado, con su mirada encharcada y



humedecida por las lágrimas, se resistía y se aferraba a su vestimenta ante el inminente baño que le esperaba. Sin embargo, en instantes se vio vestido con una delgada bata azul que cubría su tembloroso cuerpo agobiado por el frío, luego de obedecer la prescripción médica que le mandaba tomar una ducha urgente.

El agua escurría con fuerza y sin contemplación su escamosa piel, lastimando su espíritu, descamando sus adentros. Fue un baño azaroso para Manuel Rosalino, que derretía sus entrañas, atrapando los quejidos en vocales sueltas, invocando al Inti-Sol y a todas las lunas para que le devuelvan al río, a la cascada, a su natural bañera, a su ramillete de pétalos y de retamas que perfumaban su piel.

Le recuerdo aún vivo, con su cuerpo encogido en esa fría cama de hospital. Así pasó dos noches abrazando sus huesos y convocando a su Dios amito, al sol que le calienta, petitoria que le fue negada y entonces fue cuando empezó la neblina a cubrir sus robustos músculos de sembrador. Muy pronto fue rescatado por las garras del cóndor andino para llevar su espíritu al cielo y yacer su cuerpo entre el barro, los riscos, la yerba, la cementera, entre los sembríos de papas, cebada, melloco, saboreando tierra adentro y soñando sus propios sueños, abrigándose boca arriba con los rayos del astro rey en los páramos, en su llacta aterciopelando la cobertura de su cuerpo entre el níspero y los nogales.

Gente humilde, gente pura. Su recuerdo, con el pasar de los años, no me abandona.





## SAMUEL ROSENDO DE CRISTO SALVADOR

En una tarde reverberante cuando el sofoco se hizo mayor, Samuel Rosendo del Salvador se enteró de un diagnóstico devastador: tenía cáncer. En silencio y con una discreción demencial para no dejarse llevar por la tormenta y los vientos, hizo una pausa, respiró hondo, se retiró la chaqueta térmica que traía evidenciándose la piel ajada de los años y su flaquísima contextura; no se sostenía en el centro por un evidente desacomodo de su columna vertebral. Hice un esfuerzo para hacerle sentar y mis brazos se hicieron enormes tratando de envolver su delgado cuerpo.

Poco tiempo atrás tenía la vida fácil, abundante y divertida. Recién jubilado, pudo aprovechar el tiempo a su favor, sin los apuros y las firmas obligadas del trabajo, pero con esta inesperada noticia le volvió la melancolía. Encorvado, envolviéndose en el polvoriento paso de los años, capturando a medias las sílabas y las palabras que quería erradicar, borrar el diagnóstico y disolver la preocupación que actuaba como hondas atropelladas en el agua que rebotan en un estanque para quedarse ahí eternizadas, quietas. No pudo negarse a esa oferta de prolongarle la vida, aceptó los argumentos médicos, tal vez le devuelvan un poco de luz a su sonrisa.

Samuel Rosendo se iba sin darse cuenta, arrastrándose para deslizarse al reino de lo desconocido, al país de



las sombras, sus células en desbandada revolotean, se entreveran, se multiplican devorando su cuerpo, asaltando sus noches, alucinando sus pensamientos. Él, receptivo e indefenso, languideciendo, fragmentándose, disgregándose, precipitándose al abismo astillado sin fondo del recinto de la muerte.

Fue necesaria una cirugía exploratoria. Sollozos de su familia le acompañaron mientras la camilla llevaba a don Samuel camino a la sala de operaciones. Tantos afectos sembrados con los años, él evocando el abrazo de los seres que le precedieron, él sin nombre para esa incertidumbre que le invadía, inválido de palabras, ojos húmedos rebosados con lágrimas contenidas que no las permitió dejar caer, aferrado al tenaz y atractivo mundo de los vivos.

Ya en el quirófano, los cirujanos con el bisturí en sus manos –guadaña u hoz cegadora– como manecillas de este reloj segundero con que se marca el inexorable paso del tiempo y de la vida, limpiaron, escudriñaron en esa herida honda y sangrante de la cavidad pélvica hasta encontrar la envoltura nacarada de la víscera y como en un pacto de silencio entre ellos, invocaron al cielo para ver algún tejido sano y sin huellas invasoras, ni apariencia dudosa.

Algunas horas se demoraron en el desbridamiento de los tejidos dañados, pero hay instantes en donde se paralizan las manos y los sentidos ante los imprevistos, ante las

complicaciones, así muy despacio hurgando, explorando, van zurciendo por capas el tejido separado para terminar alineando los bordes y cubrir las vísceras.

El cirujano habló del hallazgo y la sentencia fue que no hubo órganos aledaños afectados, no encontró los tentáculos abrazado las estructuras vecinas. Samuel volvería a transitar un tiempo más por esta tierra.





## ISAAC RIGOBERTO DE LA CRUZ

“Cuando tomo un vinito, en vez de hablar más, yo enmudezco mucho más, escucho todo, no digo nada para no ser ofensivo. Doctorcita ya me he recuperado los últimos años del alcohol, ya estoy lejos del humo y de las reuniones con sonidos lastimeros , ahora tengo problemas con la soledad”.

Isaac Rigoberto de la Cruz tenía la voz gruesa, grande y desproporcionada con su tamaño corporal. Antes era un bohemio sin fin, toda copa era un brindis con cualquiera, por cualquier cosa y en cualquier lugar. Añoraba la presencia de su mujer que se fue con otro hombre, episodio que no se disolvió con el tiempo y la memoria –exaltada con el licor– le llevaba a sentir a flor de piel la quemadura irreparable de la traición; en adelante, todo acto para Isaac tenía sabor a desgracia, a derrota.

Épocas cuando la Josefa, su esposa, decía que Isaac sacaba el trago debajo de las piedras. Luego de un tiempo, ella finalmente se rindió ante las súplicas, las urgencias y los arrepentimientos repetitivos; se cansó de tantas veces humedecer su piel con las caricias represadas por días y por semanas cuando él desaparecía, hasta cuando la sequía agrietó sus esperas y decidió andar el camino que se le presentaba apostando a un amor más fácil, más cercano,



más humano. Retomó su vida luego de un prolongado vaivén de encuentros y desencuentros.

Isaac caminaba con su perro atigrado sostenido por una sogá entre gruesa y fina que encontró en una cantina del barrio, convirtiéndose en su amigo fiel; le sostenía la mirada y le escuchaba las quejas cuando bebía por la vida, bebía por la muerte, bebía por Semana Santa, el Viernes Santo ni se diga, lloraba y bebía la muerte del Mártir del Calvario, etc. Todo acontecimiento fortalecía su pensamiento para justificar al alcohol, aunque no a su corazón, porque estaba apretujado por la resaca de la deslealtad.

Gitano se llamaba su famélico perrito. Uno de esos días se comió una pollita shira, ya maltona de la vecina Filomena, destruyéndole la ilusión de recolectar huevos como lo hacía su madre, la mejor gallina ponedora que había tenido... Entró la doña en cólera y dio fin al Gitano con un pedazo de pan viejo mezclado con gotas de perrofin, motivos y razones por demás justificados para que su dueño, Isaac Rigoberto, bebiera con avidez en nombre del recuerdo y el final de su fiel compañero.

Me contaba que vivía en un lugar oscuro de paredes plomizas, con tubos de grifería despostillados que, por el uso, humedecían las esquinas del cuarto, que entraba luz de la ventana que daba a la calle; el paso de los vecinos era el paisaje más cercano a sus ojos. Dicen que los doctores a veces curan en las casas, me decía, entonces verá mejor el cuarto que tengo, a veces lo feo es muy hermoso.

El mundo y su memoria empieza para cada persona a su manera, se escribe en papel blanco, pero poco a poco las páginas se convierten en un agujereado pergamino, difícil de restaurar con tanto dolor y tanto lamento que se cierne sin compasión en el mundo y sus contradicciones, como agua de cascada que se convierte en chispas antes de la caída final.

Han pasado cuarenta años y todavía permanece vivo el recuerdo del rostro de este chumadito, de su pelo, de ojos hinchados, salientes y enrojecidos, de su mirada azarosa suplicando una curación para este mal que sabemos es irreversible, del temblor fino de sus manos, de su figura tambaleándose débilmente por los pasadizos del hospital Vicente Corral Moscoso.

Isaac Rigoberto decía que no se cansará de ser sentimental y que ¡ahí estaba el problema! Seres trasnochados en busca de aventuras, anhelando en lo más profundo de su ser encontrar sensaciones desconocidas en tantos subsuelos y mundos por explorar, anclados en las excavaciones arqueológicas de la psiquis.

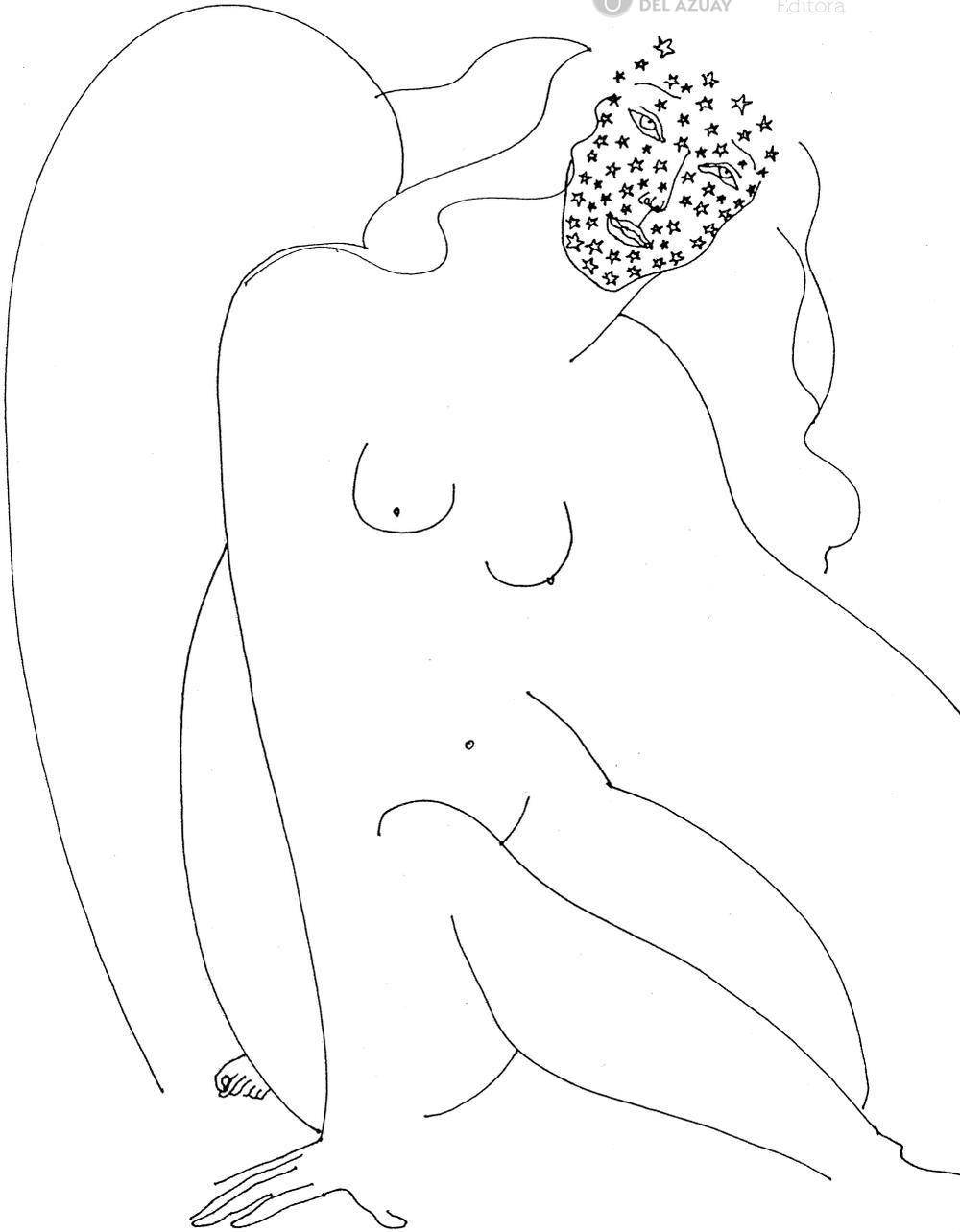
Las humillaciones frecuentes degradan, destruyen el potencial humano. Las personas lastimadas tienden a incorporarse siguiendo la dirección de cualquier sol que aparezca, no importa el lugar, ni el con quien, se unen, se encuentran, se entienden haciendo la gallada consabida en las esquinas, con la apariencia conocida del tabique nasal doblemente desviado porque en las peleas se quieren, se



requieren, se pegan, se reconcilian, se levantan, ríen y lloran subidos en esa montaña rusa en la que viven, equivocando su ruta hasta que el amor a sí mismos los vuelvan a su cauce.

Cuántas veces nos escondemos en la madriguera para pasar inadvertidos, hacernos invisibles, buscando escondrijos, aunque así no duramos mucho tiempo y atisbamos la presencia del otro para mirarle, para que sea compasivo con la desgracia, para que nos acompañen. En el sendero de la vida, cuando los amores nos dejan, corremos detrás y cuando sucede un encuentro lamentamos el momento, nos desabrazamos, volvemos a huir, sin temor y sin conformarnos a la quietud.

Yo también, a menudo, me emborracho con las penas, el dolor, el azar y los olvidos.







## ESTRELLA ADOLFINA DE LA VIRGEN DE AGUA SANTA

Menudita, piel macilenta, sonrisa disminuida por la pérdida precoz de sus incisivos frontales, Estrella Adolfina de la Virgen de Agua Santa requería con urgencia de alguien que le ayudara en el parto, en el alumbramiento del fruto de sus entrañas, pero ¡ya! En medio del agudo y fuerte dolor se negó a subirse al catre despintado, frío y metálico del cuarto de ginecología; era todo tan nuevo y diferente para mí.

En esa permanente posición de cuclillas, Estrella Adolfina buscaba agarrarse de algo fuerte y firme; tal vez estaría mejor allá, en su espacio, en su verde selva, abrazada al tronco de un árbol que le ofreciera el apoyo que ella necesitaba. Yo, desde el suelo, tanteaba la cabeza con el captum que deforma la redondez del cráneo, mientras ella se resistía a mostrar su zona vaginal.

En el momento más pleno del alumbramiento y cuando el llanto gutural –la más hermosa sinfonía en el concierto de la vida– y el estremecimiento del mundo se sentía en sus entrañas como rasgando la tierra, con corazón taquicárdico, la tibia humedad del líquido amniótico estalló en mi cara –experiencia singular e irrepetible– y apareció de inmediato un robusto niño.



De rodillas y con el mandil ensangrentado, corté temblorosa con una vieja tijera el cordón umbilical trenzado de verde azulado y amarillo, ombligo del mundo que queda atado por siempre a la magia esquiva de la nada, pieza clave que nos junta y nos identifica a lo largo de la vida con gritos y con alegrías mezclada de silencios, almizcle invadiendo los adentros de la madre.

Oré en mis silencios para que el perfume de los pétalos empape la vida de Estrellita con aromas y el fuego abrazador de la maternidad, fuego protector, mujer y niño en un abrazo, en un estado de dicha sin nombre. Al día siguiente, le abracé y le pregunté por el padre de la criatura y vi en su rostro ese tierno rubor, ese que se ha perdido, pero que todavía existe en la inocencia de las mujeres niñas.

Fue una madrugada de una experiencia singular e inolvidable. Recuerdo la importancia de cada segundo en estos procesos. Ahí en donde la madre naturaleza es nuestra aliada, ella nos enseña y nos indica que el camino de la calma y la espera es la mejor ruta a seguir cuando hay prisa; así, urdiendo con retazos los quejidos, tratamos de armar una constelación de experiencias en este ajetreado mundo de la medicina de donde extraigo el oro, ese oro que es solo mío, que me pertenece.



## FLOR ANGELITA DE LA RESURRECCIÓN

Hay conductas humanas imposibles de comprender, mujeres que tienen la fuerza creadora tienen también el espíritu destructor y demoledor detrás de su encanto, de esa pasión salvaje desgarrada en amores y en mortales silencios. Criaturas que matan poco a poco sus entrañas carcomidas por la culpa, por la enajenación, cortando la prolongación de sus días. Tal vez algo no marchó, no marcha bien en esas vidas, están mojadas por heridas sangrantes que no mejoran con ningún remedio, no hay ungüento que calme su adversidad.

Cuando niña, Flor Angelita de la Resurrección fue violada por su hermano mayor, guardando un nido de rencores y de silencios sobrevivía rechazando los cumplidos y cualquier intento de cariño, anulando la alegría, impermeabilizando el alma a tan temprana edad. No dudó en desprenderse sin problema de quien no era un pedazo de su ser –quien era un estorbo al que no quería, fruto de la violencia– cuando el amor tocó su puerta y decidió matarla para matar su dolor.

Esta historia me dejó impactada, espantada, hecha trizas por dentro. Oscuridad ardiente que anida en un corazón destrozado, un tornado interior que arrasa con todo, el



amor y la destrucción trampa perversa. Todos morimos de nuestra propia muerte, todos enloquecemos de nuestra propia locura, el que conoce los más oscuros recovecos del amor humano sabe que ante decisiones imposibles, el hombre mata y la mujer se mata.

Tenía esta mujer una mirada perdida y, al parecer, sin ninguna actitud de remordimiento; personalidades diluidas, confusas en el mundo del amor que se agazapan como un vértigo existencial. Angelita relataba cómo dio muerte a esta criatura de tres añitos apenas, la tomó por las dos piernas y de un solo golpe le impactó su cráneo contra una piedra del río, lugar a donde acudía a lavar la ropa y en donde coqueteaba con aquél que le decía que su entrega será total para ella, no así para su pequeña hija y que solo así mantendría su romance.

La fuerza de las aguas arrastró su pequeño cuerpo a las orillas del río Upano, sitio del macabro hallazgo que reseco y lastimó mi alma y del que, en medio de los entredichos y comentarios, no podía salir del asombro; más aún al escuchar decir a las vecinas que la Angelita era la persona más amorosa y buena, que mimaba y acariciaba a un perrito chirapiado llamado Bobby.

En este escenario lloraba desconsolada y sollocé también sin aliento, cuando Flor Angelita se arrodilló frente al cadáver hinchado y semi descompuesto de la inocente criatura, en una especie de modorra psicológica envuelta en el misterio,

ese misterio que convierte en cenizas toda forma de vida, que castra el pensamiento, que asfixia todos los escenarios, que deja alas rotas y alicaídas hasta retomar lentamente el equilibrio necesario para el espectáculo de la tragicomedia que resulta es la vida.

La justicia la encarceló por algunos años. El seductor jovenzuelo desapareció de su vida. No sé hacia dónde dirigió esta mujer su mirada, en dónde enterró sus sueños. Resulta difícil elaborar estas puntadas en medio de este enredado tejido, apretado por el dolor y ese murmullo acusador con que se visten las infamias.

Dónde asentar las palabras de ciertas biografías que no conocieron el sabor de las caricias maternas, niñas, hijas de padres derrumbados, sombras amenazadoras, perdidas y sin anhelos, mundos familiares hambrientos donde la tristeza, sumada a la pobreza, es el perfecto fermento molotov de las sinrazones humanas.





## MARÍA CONCHITA DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

Se rascaba el cuerpo sin fin, desesperada sentía danzar en su cuerpo y en su sangre diminutas criaturas que picotean las células de la piel, sobre todo a la madrugada con el canto del gallo que era cuando la comezón aumentaba en un recorrido generalizado junto a sus irregulares uñas sobre el túnel subterráneo de su piel. Tantos signos acompañaban a María Conchita de la Virgen Guadalupe, síntomas que resucitaban en cada visita médica y que prende su tristeza crónica, su gastada existencia acosada por esos insectos que no le dejaban en paz, que le empujaban a la locura, al agotamiento.

Las bacterias, los virus, los parásitos atacaban su belleza, añoraba la hermosura de sus años mozos, aunque conservaba aun ciertos rasgos atractivos, pero cuando se miraba al espejo decía no soportar lo insoportablemente bella que era, por la florida sintomatología de sus alucinaciones y ese torrente inacabable de sílabas que provoca la esquizofrenia. Rebobinaba en su memoria hechos de la vida pasada y de su infancia en ese repaso sin olvido lleno de miedos que la apresaban la garganta, y es que se acumulan los vacíos y abismos a lo largo de la vida, sucumbiendo a la pena y llenándose de silencios.

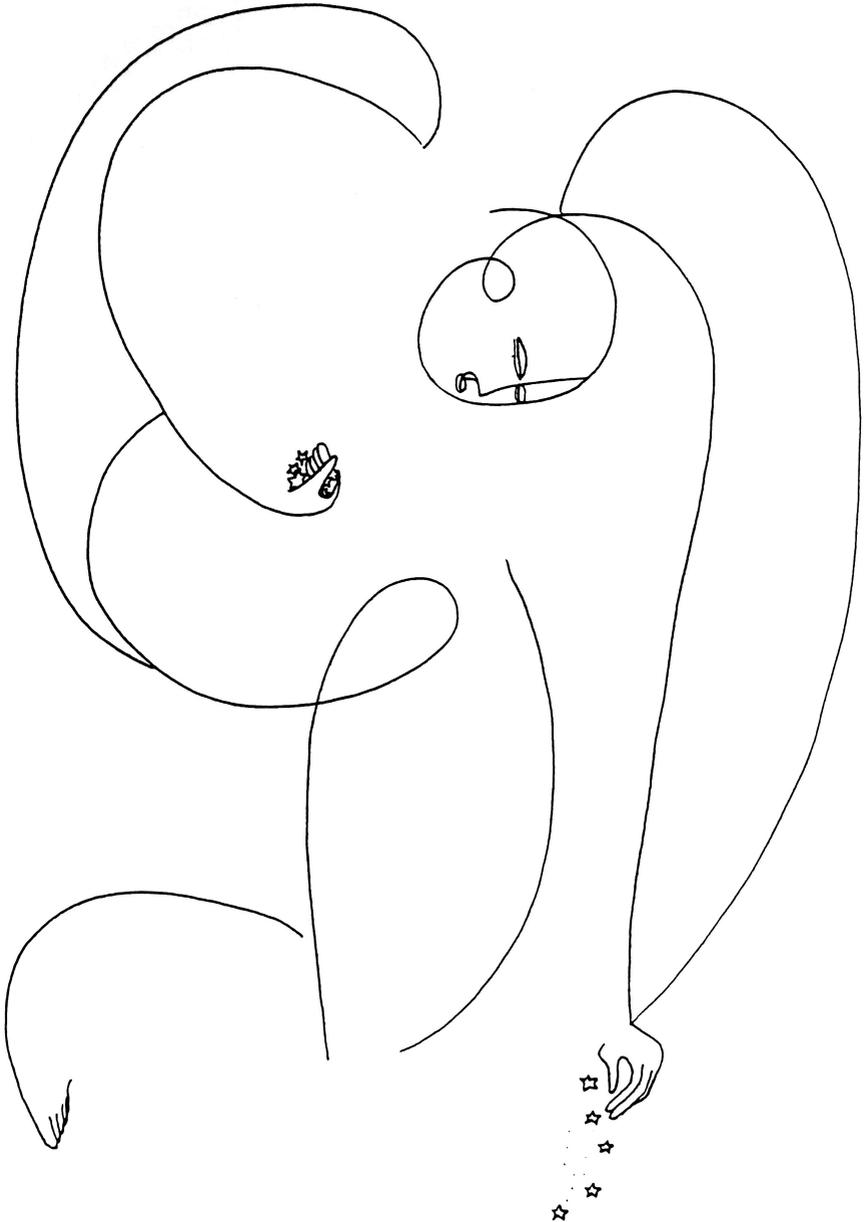


Cuando regresaba a casa –aparentemente a su vida normal– volvían los recuerdos detenidos en su corazón y entonces enloquecía más y gritaba recordando esa espesa atmósfera del pasado. Suspiraba mucho María Conchita como queriendo habitar otro mundo, en el que ya había trajinado de forma llamativa y visible y en el que también se volvió invisible en la caravana despoblada de su paisaje sin rumbo y sin dirección, transitando por los oscuros pasadizos de la muerte.

Por momentos descansaba y parecía una persona racional, ubicada en el tiempo y el espacio, pero no podía detener ese gen dormido, ese universo espiritual que venía de otro mundo, la visión entre un apocalipsis arrollador atrapado en el laberinto de la demencia hasta el sueño luminoso de un mundo más justo, más humano, que a menudo complicaba sus pensamientos.

María Conchita me preguntaba por qué los animales o los pájaros no enloquecen, por qué los colibríes no se entristecen, por qué escuchar el silbido de las aves le tranquilizaba como una flauta musical, por qué sus sonidos renovaban sus ganas de vivir, de regresar al campo y sus silencios, lugar en donde no se confunde y no se anquilosa la vida.

El estigma que padecen las personas con enfermedades mentales producen repercusiones en su familia, más aún en épocas pasadas cuando no se podían sacar a la luz una enfermedad como esta. El difícil tratamiento de la esquizofrenia, por su cronicidad o las epilepsias consideradas





entonces como castigo divino y tantos casos que no fueron tratados por la ignorancia y la miseria juntas, marginan más su vida, aislándolos y, en algunos casos, llevándoles hasta suicidio. Desenlaces imponderables, disparos psicológicos aniquilantes en estos seres desposeídos, carentes de voluntad.

Ya son más de cuarenta y cinco años de esta vivencia, estados del alma escritos en la puerta entreabierta de la psiquis humana, a la que atisbamos los médicos. Entiendo que pasó a otra vida menos terrenal, más verdadera, dormida como una niña bella y buena, serena entre las nubes, enterrando para siempre su melancolía. Me confunden estas manifestaciones visibles de una realidad escondida, bailarines con antifaz zapateando sobre el tablado. Cuando me cuentan sus historias, me obligan a vivir, a celebrar la vida, a no pensar en la muerte. Vivimos ensimismados, taciturnos, en soledades que nos aíslan, tal vez para parecer distintos o quizá superiores, estados simultáneos de júbilo y depresión, voces que chocan entre el grito y el silencio.



## ABELARDO MESÍAS DE LA CONSOLACIÓN

Con su cara rígida acumulada de desconfianzas y de contrariedades, rostro de líneas cuarteadas camufladas entre miles de surcos de la dermis del tiempo, amante de sus capacidades y sus errores, presumía de su aguda pluma de la que nadie se escapaba entre el odio, la miseria y el perdón de ángeles celestiales. De sonrisa falsa, mascarada perfecta para que Abelardo Mesías de la Consolación no delatara sus oscuros males que, como lagunas de agua subterránea, se rellenaban con letras y sueños.

Una vieja y sonora máquina de escribir identificada por el golpeteo de sus teclas le acompañaba en el hospital. Tenía mucho frío derramado en esa larga y delgada longitud de su cuerpo, y una atrasada necesidad de calentar los talones de las plantas de sus pies con un grueso poncho que no se desprendía para colocarlo al filo de su cama. Los médicos buscamos el termostato ya perdido con los años y cuidamos los males óseos como queriendo recargar la mielina desnuda del tiempo que ya no es hierro fundido de juventudes y se ha convertido en un débil hilo conductor a punto de fragmentarse en cualquier instante.

Difícil empeño adquirir serenidad en medio del sufrimiento y soportar las sucesivas pérdidas de los que se van, y todo sin que nos duela.



Incansable escritor en el pergamino infinito del azul del firmamento, rebobinando la memoria, perdiéndose en el desfile horizontal de golondrinas, ahí vuelan sus letras, sus palabras, sus comas, el punto y la coma, los puntos suspensivos que se pierden en los atardeceres nostálgicos de los campos andinos y en la niebla que arropa los tejados, motivos suficientes para agotar sus editoriales que gustosa los leía, pues él, entregado a una interminable tarea periodística sin sentirse constreñido, redactaba buenos y mordaces artículos que convocaban a una obligada lectura.

No era yo quien le pasaba visita, pero de reojo adivinaba la inteligencia detrás del negro marco de carey de sus engrosados lentes enmarcando sus ojos claros; las palmas de sus manos eran grandes y, al parecer, prometedoras de calor y de caricias. Era como una estatua viviente, había un jugoso pasado liberal y aunque expresaba pocas palabras, sin embargo, eran asertivas y salpicadas de nostalgia y melancolías de aquellas almas insatisfechas y en busca de curación.

Su trato parco hacía que el personal no tolere los caprichos de este paciente escéptico y descreído, que no respondía con espontaneidad al interrogatorio de rigor en la elaboración de la ficha médica. Tenía ínfulas de rancia aristocracia, congelado a la hora de las emociones y un sentido elitista de la existencia. Solo con un médico residente que le respondió a su pregunta genealógica y descubrió que era nieto de

un ilustre poeta cuencano, fue cuando se le aflojaron las palabras, convirtiéndole en su confesor y transformándose en un acatador a raja tabla de la prescripción médica y de los cuidados que debía tener.

Una dolencia antigua de difícil resolución le afligía, a menudo tenía que liberar el intestino grueso con ayuda médica; tarea nada fácil porque escavar oquedades era la única manera de aliviar este tremendo mal. No se cómo fue el último tiempo antes de su muerte, intuyo que no perdió esa mirada quijotesca impresa en su rostro y en su vida.





## MARÍA APARECIDA DE LAS CARABELAS

Todas las mañanas solicitaba amenazante y a cada rato que la auxiliar de enfermería le cambie las medias, intercambiando sus colores: negro-rojo, verde-rojo, o en colores iguales o chulla-chulla con un color en cada pie, en el pie izquierdo, en el derecho y en un sinfín de movimientos de sus malolientes pies —con uñas irregulares pintadas de rojo intenso— de nunca acabar.

Sale a caminar mirando la calzada y pisando los cuadriculados de cemento, ella pisa solo aquellos que no tienen rayas ni fisuras. Cabizbaja se le ve por las aceras y en cada pisada se santigua y blasfema alternativamente, en una mezcla de amor y odio; así eclosionan sus ideas y sus actitudes frente a la convulsión interior que padece. Arrastraba la pierna derecha, sus ojos expresaban rabia y por momentos una dulzura inolvidable le invadía, una dulzura que contagiaba hasta el mismísimo aire.

Resulta difícil descifrar las circunvoluciones del espíritu humano, sin duda no son ni cortos ni rectos. Es un churuco zigzagueante en donde la tristeza y la alegría van juntas, donde hay pavor y cautela al mismo tiempo, cubriendo esta vida escurridiza y volátil.



A menudo nos olvidamos las cosas, a dos pasos de la cocina no se sabe si se iba a sacar la leche de la refrigeradora o a licuar, espacios cortos de alzhéimer transitorio que todos tenemos. Busco mis lentes teniéndolos puestos, me río a solas por las equivocaciones que tengo en la ducha, el shampoo sobre el cepillo de dientes y la pasta dental en mi cabello.

María Aparecida tenía un espejo de mano y en el que a menudo se veía. Su imaginación era mayor a la realidad, siempre trató de disimular su particular forma de andar, quería estar acorde con el mundo: el taco derecho de su calzado era más alto para equilibrar sus pasos, lesión infantil que nunca aceptó con agrado. Experta en no acudir a las citas con sus pretendientes, despertaba más deseo y más insistencia por ese misterio que imprimió en sus años mozos.

Cuando salía a la tienda, las personas le parecían elefantes pesados y otras veces una bandada de gorriones que se acercaban a su mesa, los medios días eran para ella las medias noches. A menudo me preguntaba ¿quién soy? No quiero que el lobo feroz duerma junto a mí, prefiero el príncipe encantado o a mi Romeo enamorado. No quiero que se acerque el diablo con sus mil cachos. ¿Quiénes son esos comerciantes que entran y salen de mi casa?, se preguntaba a menudo María Aparecida de las Carabelas.







## MARÍA ADELINA DE LA ALEGRÍA

¡Cuánto pesa la humillación! ¡Cómo degrada y destruye todo potencial humano! Una vez lastimadas, las personas tienden a incorporarse y a orientarse de inmediato siguiendo la dirección de cualquier sol que aparezca, no importa el lugar, el qué ni el con quién, buscan protección muchas veces equivocada. La historia de María Adelina de la Alegría es como la de tantas mujeres maltratadas en la tragicomedia de la vida en la que el resentimiento crece como un tumor maligno cuando los amores te fallan, cuando te humillan.

En una lucha lamentable de encuentros y desencuentros casi siempre volvía a huir de los amores, aunque María Adelina volvía a abrazarlo, engañada por el miedo, el temor y el conformismo que da la aceptación. Son almas que suplican amor sabiendo que es mentira, desdichas sembradas por las carencias y las desilusiones repetitivas desviviéndose en soledades.

En la anamnesis o interrogatorio médico con que se inicia una historia clínica de rigor, se le veía nerviosa, su mirada indecisa saltaba de una persona a otra cuando hablaba de Remigio, su pareja, y tendía a agachar la mirada asintiendo con la quijada todo cuanto él acotaba, ¿desde hace cuánto tiempo atrás estaba obligada a hacerlo?



Padecimientos que se hacen crónicos causados por el ocultamiento de la realidad, cargada de esa humildad de quien lo soporta todo “cuando se quiere de verdad a un hombre”, exiliándose en el silencio y la negación de todo acontecimiento doloroso, aplanando sus afectos con actitudes pacificadas, sin variación ninguna frente a la muerte o a la mejor celebración de la vida. Ella normalizaba lo anormal.

A usted le pega su marido, me atreví a decirle una de las múltiples ocasiones cuando acudía con frecuencia con el ojo morado como mapache, señalando que el golpe se había dado contra las parrillas de hierro que están en las veredas para recolectar la basura, casi invisibles y mal ubicadas en los domicilios, decía, en donde más de una persona se ha accidentado. La primera vez queja confiable, pero su repetida presencia en el hospital por otros golpes en el cuerpo, me indignaba, si bien ella se había adaptado a la violencia. Se fracturaba con amenazas sus más débiles estructuras cerebrales apolilladas por el desamor, amor acorralado en una jaula con barrotes de carrizo.



## EUFEMIA GERTRUDIS DE LA ASUNCIÓN

El padre de la criatura era un interesante pintor, de esos que miran al espejo del alma para sus creaciones y de quien se enamoró la Gertrudis, pese a no estar a su lado como ella hubiese querido. Nunca amainó en ella la lluvia de recuerdos de esos círculos que no se cierran y que solo recomienzan contaminados en donde no hay inocencia ni caligrafía que se detenga; con la llegada de su hijo, las horas, los minutos se van como en agua entre los dedos en esa procesión, en esa espera que naufraga en el olvido.

Los gritos de las madres pariendo están llenos de incógnitas mezclados con suspiros entrecortados de amores, de engaños, de pergaminos en blanco que abrazan corazón adentro horas enteras esperando el empujón final del alumbramiento. Es que el dolor indescriptible del parir ante el primer llanto, ante ese primer milagro gutural libera confusiones y anula toda queja, atándonos para siempre al corazón inocente, al tejido vital del por siempre jamás.

Madres solteras, mujeres valientes que se hacen cargo de la vida solas, que hacen historias anónimas, que abrazan realidades y que saben de la fuerza de la procreación. Eufemia Gertrudis solía sintonizar las noticias y la telenovela en una radio portátil de color café en el que también escuchaba



los rancos y repetitivos villancicos en medio del espeso silencio de su habitación; era Navidad y ella no quería salir del hospital, no había luces de intermitentes colores en su destartalada y solitaria vivienda.

Para no delatar su embarazo que, conforme pasaba el tiempo se hacía presente, huyó de su casa temiendo al repudio de sus padres y el amor marchitado por los desencantos mientras sentía que no era digna de vivirlo. Su único patrimonio certero era su pequeña a quien se aferraba como nadie para hacer compañía a su solitaria existencia.

Cuando le daba la mano, me apretaba prolongadamente. Ahora, con el paso del tiempo, valorizo la enorme importancia de la mano que sostiene tan fuertemente la mía ahora que se me humedecen los ojos por todo y por nada, ahora que apreto las lágrimas para no delatarme y no admitir el dolor de lo que nos lastima.



## GERVASIO SEBASTIÁN DE CRISTO REDENTOR

Sin darte cuenta te vas arrastrando, deslizándote al engañoso reino de lo desconocido, al país del placer y las sombras. Don Gervasio Sebastián de Cristo Redentor llegaba descompuesto para ser inevitablemente hospitalizado, tenía el rostro feo cuando se drogaba y mirada de gárgola, de esas que atrapan nuestra mente y que por muchas horas no se sueltan del pensamiento y que se conocen desde la Edad Media y se las ve en las iglesias de la Europa y que tanto impactan a los turistas.

En la historia clínica y el interrogatorio de entrada, escudriñando los pormenores de cada quien, habitan los traumas que se instalan en el cerebro y en el corazón. Me buscaba por las tardes antes de que llegara la cena y la consabida medicación para conciliar el perturbado sueño de sus noches. Los compañeros del cuarto se quejaban de su paseo imparabile, de ese ir y venir repetitivo e incesante de la cama a la puerta hasta el amanecer.

Me esfuerzo constantemente por ser buena persona, altruismo tengo en mi interior; pero, también me topo con impulsos violentos, una rabia escondida que sale como erupción volcánica. Una tía padecía de síntomas y locuras



similares, me contaba que cuando salía de casa seguía la huella de los caminos mojados, quería saber si las marcas de las llantas eran de camión, camioneta, furgoneta, moto o bicicleta. Supe que terminó su vida sola y en un sanatorio de la capital.

Cuando algún amigo le visitaba, pasaba un día más amable y hasta escribía en un cuaderno gordo y amarillento por horas y horas seguidas sin pausa, lo que llamó la atención al personal que le atendía. Gervasio Sebastián tenía un cuerpo escultural, un espíritu insurrecto y con un lenguaje culto, encantador y con una atractiva voz de bronce me contaba que con las anfetaminas le fluían las ideas y que todos los días ingería vodka, su licor preferido.

Estaba muy preocupado porque aún no llegaban los resultados de laboratorio para saber la razón por la que ingresó. Tenía un escozor permanente y enrojecimiento de las fosas nasales, añoraba salir con el alta para volver a beber como un náufrago y regresar a los brazos de Emiliana, la mujer que le acolitaba hasta ver salir el alba, atenta a los monólogos inacabables de sus ingeniosas declamaciones.

Contaba que ha incursionado de aprendiz en algunas profesiones, trabajó moldeando piezas de arcilla en las que su imaginación aumentaba, creando desde pinochos bien mentirosos y figuras expresivas muy interesantes hasta gorditas de Botero o palomitas de Bravo. Un día pensó que como panadero le iría mejor, así que un viernes y mientras esperaba que leude la masa para entregar trescientos

panecillos para una boda al día siguiente, se le fue la mano con el licor y se carbonizó toda la entrega; asustado dejó atrás hornos y calderos, antes de ver la cara al enfurecido dueño.

En otro tiempo, su corazón abrazó el quehacer gastronómico para luego convertirse en barman de algunas discotecas; poseedor de un don de gentes especial, no desperdiciaba los restos de licor que quedaban al fondo de los vasos que el mismo preparaba. Así fue macerando su depresión, de la que solo salía cuando consumía cannabis. A partir de entonces se autoproclamo sibarita, con una impresionante capacidad para lucir elegante y bien vestido en todo acontecimiento social a los que siempre asistía.

Llamaba la atención por su traje armoniosamente craquelado, de corbatas bien diseñadas. Su escenario era el ámbito público y, además, era un extraordinario bailarín y seductor, aunque sus conquistas se desvanecían pronto sin poder detenerlas, pues ingería cada vez más alcohol y cuando le convidaban con otras drogas –mezcla fatal– estallaba su violencia y desprecio por las mujeres que le abandonaban a causa de sus borracheras.

Había días que no tenía ni un centavo y dormía a la sombra de un sauce llorón a las orillas del río Tomebamba, para a la mañana siguiente subir por las Escalinatas y llegar a los cafés en busca de alguien que le brinde un cigarrillo o algo de comer, con la historia de algún asalto en esta urbe otra hora segura y tranquila. Al mostrarse como víctima lograba



curar sus chuchaquis y otras abstenciones. Había épocas que no se lavaba ni se peinaba, vestido con panachó gris y usando sus anteojos de marcos gruesos de carey llegaba a los espacios de las bibliotecas y en ese claro-oscuro de los anaqueles buscaba libros sobre ocultismo empecinado en conocer a Dios para fundirse con él y entender la diferencia entre el bien y el mal.

Con el paso del tiempo y el continuo roce con mujeres extranjeras se convirtió en guía turístico, oficio que lo hacía con eficiencia, aunque siempre sucumbía por temporadas al frenesí y a la pasión de amores jóvenes que, a decir de Gervasio, daban brillo a su vida. Presumía de sus incontables pasantías conyugales que le inducían al consumo de drogas más caras y más refinadas, con un aguante único que me dejaba asombrada, ríos de alcohol navegaban los fines de semana por su sangre cuando desesperado por la prolongación de una caricia o por la súplica de una mano amiga, sus lágrimas se desmaterializaban en el aire, entre la soledad y el vacío.

Al día siguiente estaba como si nada, pero sembrada en el alma una honda frivolidad; se dice que la fuerza que mueve al mundo son los amores contrariados, no los felices. Su constante preocupación era el no poder someter a las mujeres a sus caprichos, se quejaba de la exigencia económica de sus conquistas y el principio de fidelidad que nunca pudo entender.

De esta manera y con estos aditivos su vida se fue deteriorando, ingresó a algunos centros de rehabilitación tanto públicos como privados, en donde sus buenos propósitos sucumbían despiadadamente a sus intenciones. Una vez más ingresó con diagnóstico de sinusitis, pues la cocaína llegó a perforar su ya débil tabique nasal.

Con los años Gervasio tuvo otros desórdenes de tipo óseo-artrítico, sumadas a las frecuentes caídas que tenía por continuos desequilibrios, con heridas de difícil curación por su estado nutricional; su historial médico cada vez era más complejo, su adicción erosionó la memoria hasta que la mente se quedó con lagunas, con espacios en blanco. Quería dejar la droga, pero ya no podía, la violencia y la agresión contra sí mismo y los demás era muy fuerte.

Le recuerdo sobrio como una mansa paloma y hasta como un ser desvalido; un día cualquiera, víctima del consumo, supe que ya no se levantó, que ya no pudo ser, que ya no pudo vivir.





## AMBROSIO SERAFÍN DE LA INMACULADA

*“Quien solo sabe de  
medicina ni de medicina sabe”  
adagio popular.*

Acompañado del sonido del freno a raya de una pesada y destartada camioneta que levantaba el polvo de la carretera, llegaba a la entrada del hospital Ambrosio Serafín de la Inmaculada, vestido con su clásico overol flojo de color oscuro. Su dura mirada, poco a poco, se suavizaba mientras hablaba de las dudas e inquietudes sobre su salud. Así, emergían desde su mundo subterráneo las fatigas que le agobiaban; todas estas expresiones por momentos tenían el tinte de beatitud, de necesidad de amor, parecido a un estado de trance. Decía que desde niño andaba enojado contra el mundo y que los recuerdos sentimentales le apretaban el alma.

A pesar de su corpulento aspecto, intuía que Ambrosio Serafín se desmoronaba por dentro. Su pelo claro, sus



ojos mansos, sus pómulos definidos constituían un gran atractivo para las mujeres; comentaba que no sabía cómo ahuyentarlas, que se volvían locas por él. Decía que las mujeres son un enigma, que no les entiende, al igual que a su madre y dos hermanas que hablan como cotorras y le hacían muchas preguntas, que le controlan demasiado, tampoco le gusta participar de las farras ni le gusta el licor.

Acudía a recibir medicación cada mes, por un diagnóstico de tuberculosis. Era entonces médico residente y el médico tratante, Jefe del Servicio, me tomaba lección de Neumología atendiendo a Ambrosio paciente con esta complicada enfermedad pulmonar y con un sinfín de manifestaciones en otros órganos y tejidos del cuerpo. Cada mañana, al pasar la visita médica, me hacía sentir como un gusano y humillada por mi silencio ante la inmensidad del mundo enciclopédico de la medicina, ante el conocimiento del médico maestro. Me acuerdo que ese día lloré.

Era un misterio evidenciar más allá de la piel lívida, la mirada de la tisis y el estigma de su patología, un sangrado prolongado como antesala de la muerte. Reportaba con santo y seña el cuadro evolutivo del paciente y toda la sintomatología, pero el médico Jefe de Servicio me ignoraba y llamaba a las enfermeras –como si estuviera en un cuartel– con una voz de ventarrón que hacía temblar al mismísimo viento. Ellas, asustadas, llegaban de inmediato, tenían a su favor la experiencia clínica, el tiempo de trabajo.

Este hombre que acertaba siempre en el tratamiento, a mí también me daba miedo, su palabra final era definitiva, yo no era más que una mujer que estaba en un lugar equivocado y como un curioso elemento femenino, pero nada más. Pasaba inadvertida ante sus ojos y pese a las ironías con las que me bombardeaba, nunca le respondí en absoluto, pese a sorprender su mirada escrutadora sostenida y suspendida en mis ojos.

Algo le pasa a este doctor, me decía a mí misma. Poco a poco y a retazos fui armando los relatos de su vida; todos arrastramos miedos como si fueran creciendo en una fosa que, sin darnos cuenta, la alimentamos a medida que pasan los meses, los años y que inconscientemente nos visita cada noche, como asistiendo a un remedo del sueño definitivo de la muerte.

Una vieja neurosis detectada por el personal del hospital –como el lavarse las manos prolongadamente cada dos horas– me iba permitiendo construir su historia. ¡Quisiera imaginarme a él viviendo la pandemia del coronavirus! Nunca lo vi tocar a los pacientes y cuando se le caían al suelo finos lapiceros de punta dorada, jamás los recogía por temor a los microbios; apresurado, tomaba el que más cerca estaba. Yo tenía siempre dos esferos porque los usaba por el deleite que me causaba el deslizar por el papel blanco su tinta negra viajando al reino de las hadas.



Así transcurría mi tiempo y la lectura urgente envolvió mis noches porque me dejaba libros en el escritorio para tomarme la lección al día siguiente, yo describía largamente lo que me llamaba la atención y encontraba un escondido placer en el maestro al escucharme y hasta me atreví a preguntarle sus observaciones. Con la lectura de otros libros que debía seguir leyendo, armamos una amistad respetuosa; cuando le devolví los libros que me había prestado, no los recibí. Muy agradecida y gustosa por su generoso gesto, él me repetía: “Quien solo sabe de medicina ni de medicina sabe”, máxima que la tengo siempre presente.

Ambrosio Serafín, el paciente del caso, falleció una madrugada por un sangrado profuso e incontenible. La guadaña nos atrapa y no nos suelta, la muerte siempre le gana a la vida, no todo el mundo vive.







## MANUEL IGNACIO DE LA CRUZ

No me agradan los abogados, por ese aire solemne cuando caminan y porque hablan siempre hojeando papeles. Sus típicos lentes pequeños de marcos finos resbalando en su aguileña nariz me asustan y me hacen sentir indefensa e inútil, equivocada en el argumento o en el contenido de una demanda. Siempre están con carpetas y archivos de puntas desgastadas, seguidos de gente que va al ritmo de sus pasos, aumentando más la fatiga de los que estamos detrás de ellos y confundiendo más las desordenadas neuronas de la gente que espera, en su respuesta, un claro de luz luego del trajinar largo, lento y tedioso por la Corte de Justicia.

Así describo la azarosa y triste experiencia que tengo con quienes sentencian los casos, juicios que caminan, como se dice, a paso de tortuga vieja con patas de plomo. Los expedientes no se tramitan, los sumarios engrosan los escritorios con folios, fojas, firmas y más firmas esperando saber, al día siguiente, cuál será el nuevo requerimiento en un juicio que no camina, que nunca concluye.

Parece que el verdadero poder de la Justicia está en la sombra, y mientras escribo, una hermosa luna blanca y redonda que se mueve muy despacio por el cielo de Gualaceo, me inspiro antes de que mañana me olvide de



todo, antes de que se evaporen las palabras, antes de que se oxiden las ideas y nos invada el olvido en el tiempo de las noches, o les astille o les pulverice sin piedad.



## VIOLETA CELESTE DE LA VIRGEN DE LA NUBE

Flores solitarias hablan en silencio,  
sierva herida, lastimada,  
nunca escuchó unte quiero.

Fraude aprisionado su dolor,  
altes de mariposa intentando  
el vuelo.

Mundo desplumado en exilios,  
frases camufladas que se escapan  
como burbujas entre los dientes.



Esta paciente tenía instantes esquivos en su mirada, una cintura encorsetada, envidiable, como de avispa. La recuerdo llegando a las cinco o seis de la tarde, caminaba por el largo corredor resbaladizo de sus sueños, con pisadas indecisas y su rostro con expresión de una mujer clandestina en la vida de este apuesto y bien parecido paciente del cuarto 10, mientras él, inquieto esperaba la llegada de su amiga Violeta Celeste de la Virgen de la Nube.

Hay en el mundo esas pasiones que, como lava incandescente, se ahogan en el remolino de los deseos. Esta era la fuerza que arrancaba una sonrisa del mencionado señor rubio con ojos grandes y azules, cejas turcas y pestañas rizadas; ingresó vestido con traje sastre y sombrero de paño, con un saludo cortés llamó la atención del personal de enfermería.

Sucedió lejos, para ella confesar la devoción por su hombre amado y más lejano aún para su esposa sospechar de los amores escondidos y enclaustrados de su esposo, donde hay derroche de sentimientos y de amores que se juntan muchas veces hasta que la muerte los separe.

Violeta nunca entendió el rechazo de sus caricias desbordantes que nunca llegaron a ser disfrutadas. Aconsejada por el párroco del sector, sublimó su amor y hasta desvarió como Santa Teresa o como Santa Rita, cuyos versos daban forma a una exquisita poesía erótica, lenguaje que solo Dios entendería.

Recuerdo su rostro, sus uñas, su pelo ensortijado, sus zapatos y cartera de color vino brillante del mismo tono que el matiz de sus labios. De mirada distraída por un amor que se perdió en la bruma de su silencio, en el sin remedio del llanto, en el enamoramiento fallido de aquel que nunca pudo ser suyo. Muy elegante, iba con frecuencia a misa, recordando quizá cómo seguir soñando con la dicha de un hombre ajeno

Cuando falleció este simpático paciente, intuía la presencia de Violeta huidiza y vestida de luto en la misa fúnebre, estaría de incógnita en el cementerio, desgranando sus lágrimas, fundiéndose en el recuerdo y los adioses del nunca jamás, aunque espíritus extraños navegan profundamente en las entrañas descarnadas, como una condena o como una liberación.





## MARTÍN ELISEO DE LOS ÁNGELES

Paciente de noventa años, con un diccionario variado de piropos que los recitaba de memoria con rima y sin equivocarse, afanes de galanteo que no desaparecieron con la edad; era un Cupido permanente que, como un adolescente, se desvivía en cumplidos al personal que le atendía. En su estropeado cuerpo sobresalía un rostro atractivo con ojos de color turquesa y sonrisa franca y jovialidad reconocida.

Con su voz ya oxidada, me contó la larga y tortuosa historia de sus ancestros, sazónada con su infaltable fantasía; al parecer, así, no empeoraban sus males, aunque sus inestables signos vitales indicaban un cercano desenlace. El paciente, sin duda, intuía su situación, puesto que era laboratorista de profesión y, en vez de enroscarse como un ovillo por sus variados males, emitía luces de bengala, aplaudiendo cada mañana el espectáculo de su todavía palpitante vida.

El apocalipsis de la muerte viene a veces disfrazado de sonrisas, de regalos sencillos que brotan del corazón; descubrió con los años que los detalles no se compran con el dinero, que los sentimientos que son expresados son oro puro. Martín Eliseo de los Ángeles decidió entonces adornar sus últimos días con fastuosidad y romanticismo



ante el amor al que todos nos rendimos, dándonos una licencia para la ensoñación.

No podía prolongarme en conversaciones por el número de pacientes que debía atender, en el hospital se acorta el tiempo. Esa fue la última vez que le vi.

Luego de su fallecimiento, María, una enfermera, me contó –aún incrédula– que estuvo indignada y con su cuerpo petrificado porque todavía cargaba esa sensación quemante sobre su piel, cuando de repente sintió que la palma de una mano enorme le apretó y se posó sobre su pierna... Instantes después, Martín Eliseo fallecía ventilando sus amores a plena luz, pataleando ante el asedio de la muerte y, finalmente, liberándose.

Dicen que el sexo es un consuelo cuando el amor no alcanza.



## TRÁNSITO RAQUEL DE LOS DOLORES

Desconozco los pormenores de su llegada para trabajar como empleada doméstica en la ciudad y hacerle compañía a una elegante señorita de Cuenca. Poco a poco, Tránsito Raquel de los Dolores aprendió a entender la limpieza de una casa, pues venía de una zona rural y pobre donde las costumbres eran distintas; daba por limpia y brillante, por ejemplo, la loza de un inodoro por ser blanca y, por eso, en su razonamiento, no era necesario limpiarla, más cuando sus necesidades en su comunidad las hacía pampa abierta, en los suelos, en los matorrales, cerca de la huerta y los cultivos.

Su patrona era bonita, de tez blanca y cabello café rizado. Consumió su vida cuidando a su madre renunciando quizá al amor y a la presencia de algún joven y atlético galán con quien refrescar su piel y sus adentros.

Conocí a la Raquel huraña, con cuatro palabras cortadas a filo de navaja en su boca y que, con su voz de caja ronca, respondía bien, si, no, ya; al hablar, entre cada palabra, daba pausas recogiendo su aliento para continuar. Así permaneció, desde entonces, en aquella casa y haciéndose mutua compañía, las dos mujeres solteras hablaban de soledades, de despedidas frecuentes y cercanas conforme pasaban los años, mientras esperaban enfilarse para llegar



al lugar donde la vida nos universaliza, se democratiza y une a todos.

Su patrona no reía mucho y se complicaba con los guisos de la cocina, era contraria a los chistes, ocultaba en silencio sus sonrisas y sus carcajadas mientras otras personas se reían abiertamente y con su alegría iluminaban todo. Nos advertía, por si acaso, que no le preguntaran sobre la edad porque le contrariaba, evadiendo la mencionada pregunta de mil maneras y, aunque un amigo del Registro Civil acomodó el calendario de su nacimiento para reducir cinco años menos a su edad, cuando ella falleció un frío noviembre, fue innegable su identidad biológica.

Todos los días trajinaba con su pollera y sombrero por la calle Larga, recogiendo trozos de madera, palos, astillas, troncos y carrizos de todo porte para guardarlos celosamente luego de acomodarlos en orden bajo su cama y en espacios insospechados, en espera de poder algún día consumirlos en el fuego de la tulpa o fogón de su llacta para cocinar los añorados granos, papas y la cosecha de la huerta. Así, despertaría y atraería el paladar campesino con sus aromas, imaginando algún día comer todos los platos aun humeantes y calientes.

Su cuarto estaba empapelado con todos los santos habidos y por haber, vírgenes de variados mantos. Cruces y crucifijos en las paredes eran el respaldo o el paredón hacia donde dirigía sus ruegos, plegarias y jaculatorias que solo ella conocía, que solo ella repetía y escuchaba.

En Semana Santa nos invitaba a compartir la fanesca hecha con granos tiernos, espesada con leche y acompañada de unas riquísimas mini empanadas rellenas de bacalao seco, de plátanos dorados, al tiempo que el blanco amarillo del huevo duro y el pimiento rojo adornaban este colorido plato dando el toque final a este succulento potaje. Ella ponía las manos atrás, cual soldado de regimiento, controlando la cucharada final de los pocos comensales que llegaban. Los dividía y seleccionaba, por ejemplo: su médico de cabecera y su esposa, quien agradecía por todo, era comedia y de pocas palabras, como a ella le gustaba que sean las personas; se deshacía en alabanzas por su forma de ser.

Devota de los miércoles de ceniza, mantenía la cruz en su frente ocho días seguidos hasta que se desvanecía por su propia cuenta, como para no olvidar que “del polvo vienes y en polvo te convertirás”, cita bíblica que compartía con simplicidad y verdad.

Era la fiel guardiana de la casa de su patrona, no abría la puerta a nadie. Sin embargo, un día escuchó a alguien que golpeaba la puerta y, al mover la cortina de la ventana y ver un apuesto señor que venía de Bahía de Caráquez para entregar un presente, la abrió despacito y entre ese espacio claro oscuro de apenas unos diez centímetros, un empujón hizo que cayera al suelo y sobre el brillante piso de parquet le maniataron tapándole la boca con la misma bufanda gris con que se cubría el frío de las mañanas.



El fino ladrón –afanoso y apresurado– abría cajones, buscaba joyas y dinero entre la ropa. Pocos minutos fueron suficientes para lograr su objetivo y salir con su maletín de cuero como si nada hubiera pasado. ¡Pobre Raquel! Estaba cianótica cuando llegó su patrona y le rescató ¡con las justas! como se dice de las manos de semejante malhechor.

En medio del susto relataba que no se llevó dos finos bolsicones: el uno de onza de oro primorosamente bordado con palomitas cuculí, ojitos de lentejuela y una pajita sosteniendo en el pico para el nido de su pichón; la otra prenda color azul esmeralda, así mismo elegante, bordada con flores de amor constante, hilo matizado marca Singer, tallos alineados como en pregón para dar sombra al desfile de mariposas de diversos tamaños que se posaban en su néctar, en su centro. El ladrón dejó también su paño de ikat con que los domingos acudía a las iglesias, uno de esos con escudo del Ecuador –con el cóndor incluido, expuesto en su pecho cuando lo usaba–, y con ese remate de tejido e hilos amarrados como una malla con perfectos nudos y apretados ángulos.

Luego de recibir ese golpe a su ingenua confianza, se volvió mucho más recelosa. Poco tiempo después mostró una lesión en su cara que le provocaba mucha comezón, se rascaba permanente y a pesar de la rigurosa aplicación de todas las hojas olorosas que bien las conocía –arsenal que mantenía en un pequeño espacio– y con las que preparaba sus propios menjurjes, no le dieron resultado. Los tentáculos del cáncer le fueron carcomiendo poco a poco su mejilla

derecha, deformando la mitad de su cara y desnudando la piel del hueso que sostenía débilmente la redondez del globo ocular que resaltaba en la oscura caverna de la gruta de su ojo.

Vivió el resto de sus días tapando su carita con un pedazo de chalina vieja a cuadros, suspirando desde la ventana por la llegada del momento que sin tregua se aproximaba. Tránsito Raquel de los Dolores percibió cerca la sui generis fragancia del humo de las cremaciones, recordando tanta leña guardada y recogida por ella para inmolarse, perfumando el camino hacia el cielo con una mezcla de sándalo y palo santo.

Luego de este doloroso episodio, su patrona se volvió esquiva y solitaria, su tabaquismo se fortaleció porque no dejó nunca este hábito severo; tuvo algunas micro hemorragias en las que se caían sus signos vitales con la misma frecuencia y rapidez con que se levantaban. Pese a la necesidad de cuidados tan íntimos y personales con que nos deja la secuela de un accidente cerebro-vascular, el tedio y la desgana encadenada a la repetición de sus días sin encontrar mejoría, cerró sus ojos para siempre.

La muerte es más universal que la vida, vida que no todos viven, mas quienes perduramos sabemos del destino inexorable del vivir.









## JESÚS NAZARENO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

A Jesús Nazareno no le gustaba su nombre, porque se suponía haría honor al mismo y distaba mucho de poder hacerlo, culpabilizándose a menudo por ello. En la sala de urgencias del hospital del IESS de la avenida Huayna Cápac de Cuenca, el personal paramédico huía de sus manifestaciones asfixiantes, movía los brazos clamando por aire como queriendo aventar el viento hacia su boca; episodios que se repetían con frecuencia cada mes, dos o máximo a los tres meses.

Detuve la mirada en ese caso porque le llegué a estimar por su gracia, su ingenio, su humildad para solicitar ayuda y el tanque de oxígeno que era su misma vida, aunque acostumbraba inmovilizar los servicios en el pueblo hasta conseguir el anhelado botellón y la ampolla broncodilatadora que le permitiera sonreír nuevamente y abrazar la vida y sus limpios amaneceres. Entonces ignoraba que era un enfermo tan popular, era el Teniente Político de un cantón cercano a la ciudad a quien le gustaba el sonido de la ambulancia que, al recogerle, anunciara a todo el pueblo el malestar de su autoridad.

Se daba cuenta de los desaires de los mandiles blancos, de aquellos colegas que pasaban de largo pese a sus saludos repetitivos, a pesar de que era muy receptivo y obediente al



tratamiento, fue ese el pasaporte que amarró su dolor y su quebranto a las fibras más íntimas de mi corazón. Batallaba cada mañana con el oxígeno cerca de su cama hasta encontrar la dosis óptima de litros para ser administrada a ese pequeño y agradecido cuerpo. Empecé a detener sus palabras grabándolas en mi memoria para traducirlas desde la pizarra escrita con carbón, a la tinta y la caligrafía perfecta sobre una interesante y jocosa vida.

Nos esperaba gustoso en posición semi-sentada y nos recibía con un respetuoso saludo. El roce del frío del estetoscopio sobre su espalda no le molestaba, con tal de que se le devuelvan la salud, aunque su pulmón y su murmullo de silbidos y notas musicales por su inveterado tabaquismo y la fibrosa bolsa alveolar, ya estaba averiada por el cigarrillo.

En sus primeros ingresos, me sentaba cerca de él, escuchaba el sonido ruidoso de sus estertores que salían desde más allá de sus pulmones y su cansado diafragma. Revisaba la farmacología de los broncodilatadores que teníamos en 1980 para encontrar el mejor y más adecuado tratamiento para Jesús Nazareno, pero ya al amanecer me dolían los ojos y me dormía por momentos, aunque alerta a cualquier crujido o sonido repentino que hiciera mi paciente hasta que llegue la hora de visita y entregue el informe respectivo al médico tratante y se dé el cambio de guardia.

Llegaba a casa para tratar de descansar, dejando atrás el eco de las toses, de los estornudos y mis bostezos, empujando

los instantes de la vida de Jesús Nazareno de la Santísima Trinidad.

Otra vez convaleciente, regresó a su tierra, quería constatar que le devolvieran la bóveda y estuviera a su nombre; su ex esposa con engaños se apropió de la tumba que había comprado en el cementerio para él. Tiempo después, generosamente, perdonó a su mujer adquiriendo para ella un espacio cercano al suyo, quizá para volver a entablar su antigua relación.

Al dejarle en su pueblo por última vez, recuerdo el goce que le producía el sonido inconfundible de la ambulancia y el foco rojo iluminando a plena luz, girando ruidoso para que los habitantes del pueblo se concentren en la plaza, acción que agradecía sin disimulo, quería respirar hasta cuando llegue la Navidad y pueda escuchar el sonido de los cuetes y silbadores y ver las luces de bengala estallando allá en el cielo.

A menudo me decía que cuando vuelva la próxima vez, le trataría mejor y todo sería más simple, ya escucharía su enorme respiración como fuelle llenando el cuarto de sus estertores mientras me esforzaría por establecer un buen tratamiento para verle respirar mejor y devolverle un poco de esa enorme humildad que desbordaba su corazón. Pero, conforme pasaba el día, su respiración se dificultaba más.



No sé cómo fue su final, pero la cercanía de médico paciente aproximó su dolor y su sonrisa hacia mi silencio. Jesús Nazareno de la Santísima Trinidad debe estar alargando sus sueños, entre nubes algodonosas, respirando el aire liviano y perfumado de las eternidades.



## ROSA MERCCEDES DE LA VISITACIÓN

Era un diciembre de 1980, lejos de la familia, de los focos intermitentes y bombillos con que se adornan los árboles navideños que nos convocan a la nostalgia, a la añoranza, al perdón, al abrazo en medio de este destello de colores, del entusiasmo del personal de enfermería y su devoción por el Niño Jesús que se hacía presente. En medio de ese ambiente, una joven vida se desvanecía sin remedio.

Desconocía la magnitud de la patología que deja la mordedura de una serpiente, de esas venenosas que son despiadadas y que matan lento y dolorosamente. El gesto de misericordia con el que me miraba Rosa Mercedes de la Visitación y la impotencia de no contar con el antídoto que le hubiera salvado me provocó ganas de salir corriendo por la calle recta y polvorienta que conducía a la puerta de entrada del Hospital. La Michita se descompensaba y yo estaba agotada por tratar de bajar la fiebre por medios físicos porque los antitérmicos eran insuficientes en estas situaciones.

Escuchaba los ecos de los rezos al final del corredor, pero el concierto de la muerte estaba más cerca que nunca de mi corazón. Requería tomar fuerzas para no abandonarle, para



no dejarle sola. Estaba hinchada, encharcada, con los poros de la piel como una naranja, reventando a gotas ese tejido purulento que a la mínima presión se chorreaba. Sentada en una silla y sumergida en mis pensamientos percibo la mirada de Rosa Mercedes con ojos vidriosos, suplicantes mientras yo cansada de esperar el milagro que no llegó, constaba que no podría llegar a casa y despedir el año como siempre.

Entristecida fui a la cocina del hospital por un poco de guayusa caliente –siempre había en una tetera– para deglutir el dolor y abrigarme mar adentro de ese frío glacial con que nos arrincona la muerte. Llegué a casa a ver a mi hija que dormía plácidamente, ajena a estas realidades de la vida, mientras embriagada por la pena, resentida con la vida, frustrada por no poder hacer nada, por no haber podido salvar a una vida joven con tantas ganas de jugar en su selva, transitó el fin de año.

Quizá en ese momento estuvo trepándose por las paredes del cielo, piel lozana, trenzas gruesas bien definidas, música celestial a su llegada, después de tanto padecer, después de sus ansias, iluminando sus gastadas y negras noches, renació en la lluvia, en un puñado de estrellas.



## VICENTE CESÁREO DEL PERPETUO SOCORRO

Tenía consultorio odontológico básico. El fuerte y demoledor sonido del taladro provocaba susto entre los pacientes que acudían a la revisión de sus dientes. El dentista, con un título por obtenerlo, tenía un aspecto particular, curiosamente le faltaban los incisivos de adelante destacándose por su sonrisa llamativa. Era muy hábil para darles vida a las placas dentarias que les dejaban como herencia los familiares fallecidos de sus pacientes para que sean corregidos de acuerdo al tamaño de la arcada dentaria, sea limándolas o rellenándolas conacrílico.

Siempre atendía con audífonos y por el movimiento de su pie izquierdo intuía que el ritmo era de cumbia o de rumbo. Enjuto y pequeño de orejas grandes sobresalientes y de piel oscura, experto en sacar piezas dentales sin vacilar porque esa era la solicitud de la comunidad para evitar el dolor de muela o por los abscesos, una afección no deseada para nadie por la irradiación del dolor y las innumerables citas que requiere su curación, a más de los altos costos. Además, entrenar la postiza de sonrisa atractiva con chispa de oro daba gran estatus en esa época.

Adicto al cannabis, Vicente Cesáreo del Perpetuo Socorro, hablaba respetuoso y muy expresivo con sus manos, aunque se valía de innumerables pretextos cuando no amanecía



con ganas de trabajar. Usaba un instrumental rústico, se podía escuchar el ruido del crujido de los huesos mientras la tenaza, como si estuviera partiendo una nuez, extraía un molar, para luego acercar la mandíbula del paciente a una desportillada escupidera a la que, con dificultad, alcanzaban y en donde con un poco de agua lograban enjuagar su boca.

Recuerdo que salía a fumarse un cigarrillo y su tinto bien cargado, olvidando las citas para prevención odontológica; no entendía su inundado cerebro, tampoco su lento y ancho caminar como abrazando al mundo. Sin embargo, por alguna extraña razón, no me molestaba ese océano de mentiras, conjugadas entre el salud y el vacío que, a no dudarlo, cubría sus heridas.

A veces le sorprendía con su basta, enigmática y distante mirada, atento tan solo a sus desgastados auriculares y el sonido de la música que no cambiaba por ningún grito silenciador. Cuántos casos archivados se quedaron en ese plomizo y destartalado sillón odontológico, donde llegaron a recostarse muy pocas personas porque sus quejidos fueron lamentos irresueltos, pues además del despiste de Vicente Cesáreo, el reciclado instrumental que disponíamos en ese hospital en la lejana y abandonada Amazonia era obsoleto. Cuando trabajaba usaba un taladro tan romo y ruidoso que, amenazante, lo introducía en la boca sobre la muesca desnuda del molar y el paciente arrinconado imploraba auxilio a ese Dios iracundo pero compasivo de la selva para terminar amortiguando su dolor con emplastos de guayusa y otras hierbas de la selva.

El personaje tenía en su rostro una despreocupación por el tiempo, el reloj y los horarios, mientras yo sentía indignación ante tanta calma, a la que él llamaba “ocio agudo concentrado”.





## DULCE ADRIANA DE LA SANTA FÉ

Un día cualquiera, una cascada de recuerdos se actualizan en una cama de hospital, en donde la silueta de alguien conocido se iluminaba por los rayos de un sol madrugador a través de las celosías de un ventanal. Así es como Dulce Adriana estaba también esperando verme, porque sabía que yo, como médico y amiga de adolescencia, le ayudaría en su mal y difícil diagnóstico que, por la cantidad de síntomas y su florida presentación, terminaba confundiendo a cualquier clínico... En su velador pude reconocer la letra impecable y redonda de su preciosa y recodada caligrafía.

Tenía una mirada cuestionadora y temerosa al mismo tiempo, siempre rodeada de interrogantes y respuesta confusas, pero todo el tiempo evadía su vida real, su intimidad. Me decía que su cabeza ya no retiene nada como en otros tiempos, en donde destacaba por su pródiga memoria. Cada ser humano tiene su historia que es añoranza, que requiere una nueva iluminación, para crecer, para ser y proyectarnos.

Su fama de memorista era conocida, no paraba de ponderar de manera subliminal sus virtudes, opacando cualquier actividad artística en los demás. Mucha era su habilidad para declamar poesía y sus escenarios de actuación eran muy aplaudidos y solicitados.

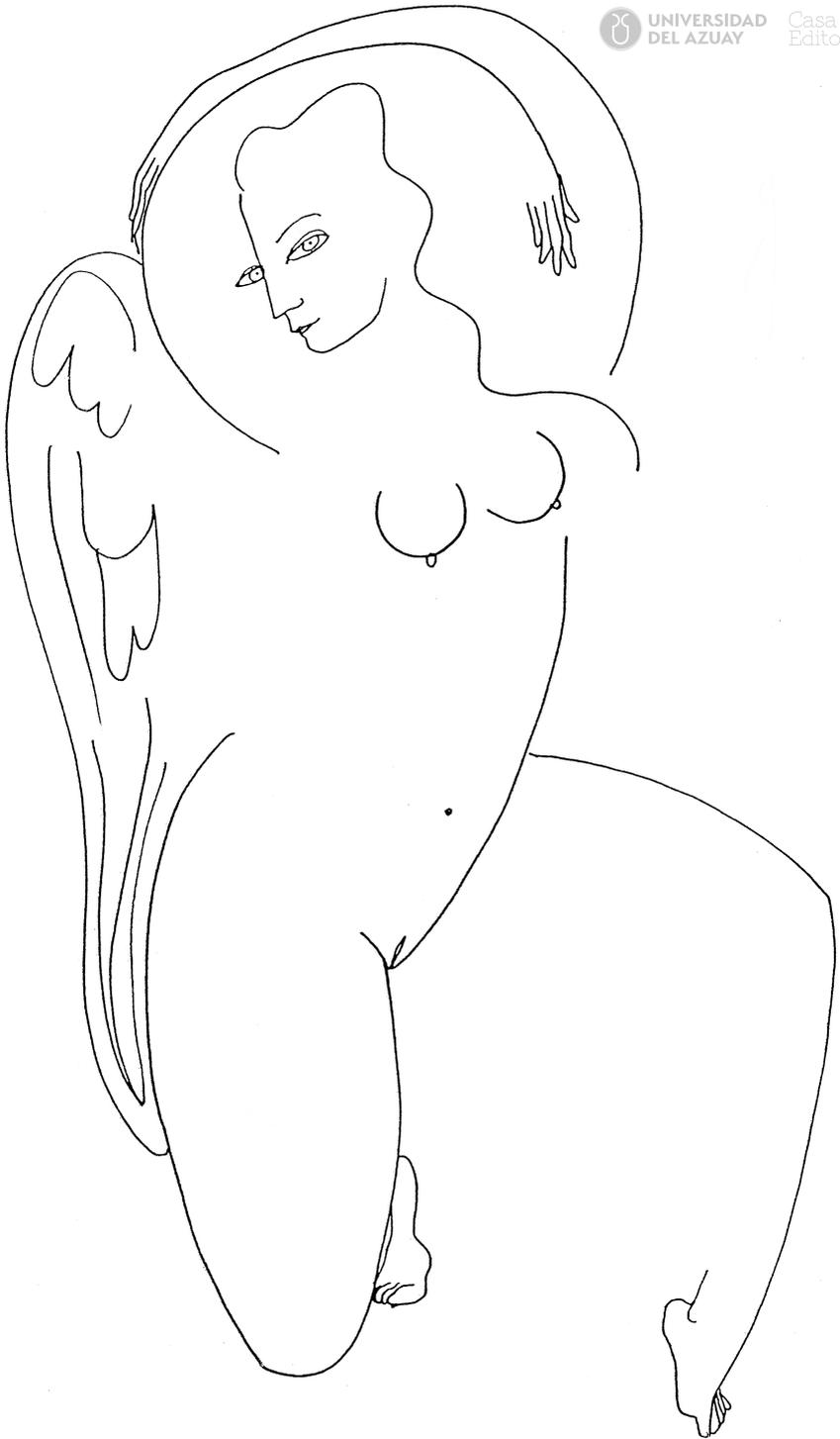


Poco a poco fue adquiriendo un lenguaje propio de los médicos, habilidad que le volvía convincente a la hora de exponer sus síntomas y dolencias, con el afán de tener el diagnóstico y tratamiento anhelado. Pero, acto seguido, desgranaba un rosario de cuestionamientos sobre los efectos colaterales, necesitaba de una exhaustiva descripción que acorralaba la razón.

Esta paciente deambulaba con los ojos bien abiertos por los pasillos de todo el hospital, solicitando turno para todas las especialidades, era como sombra entre las sombras, era conocida entre el personal paramédico por sus gestos y gesticulaciones que hacía buscando el fantasma impalpable de sus sueños.

Sumida en el silencio y en la bruma, cargaba un cuaderno en la que anotaba todos los diagnósticos posibles y los fármacos a tomar. Eran sin lugar a duda numerosos y todos muy justificados para el ramillete de síntomas que tenía y que se deshacían en pétalos ajados por sus enredadoras conclusiones.

Su diagnóstico de Fibromialgia era novedoso en su repertorio, era como un común cajón de sastre a donde iban a parar las enfermedades de tantas personas que con tantos males surgen entre la más espesa de las soledades y la tristeza que carcome el alma deshaciéndose en refranes, sentencias y expresiones que, como epitafio, los hacía ciertos, etiquetando su rostro teatral y cambiante en aparente calma.







## FILOMENA ISABEL DE LOS ÁNGELES

Con el paso del tiempo, en nuestra retirada hacemos una pausa para recordar a ciertas personas que se vuelven personajes, por su peculiar forma de ser. Le decíamos Chabelita, fue una bebé abandonada e indefensa, recogida en un convento de monjas cristianas. Desde pequeña asumió su papel de criada, cumpliendo con empeño las tareas que se le encargaban bajo el manto protector de la Virgen, de San José y todos los ángeles y arcángeles de la corte celestial que eran sus protectores; pues, al no tener padres terrenales, buscaba un eco para sus emociones y todos formaban su escudo protector contras las múltiples tentaciones de sataná.

Puntual en su trabajo, hacia favores a más no poder o a quien así lo solicitaba, la condición humana pugna por el poder y la jerarquía y se desvive en atenciones hasta que alguien sin saber por qué estaba enojada ponía a la gente en un paredón, con la promesa de ignorarle para siempre. Era rabiosa cuando le contradecían, tejía historias sobre las enfermedades de algunos santos, como el sacrificio de Santa Rita, cuyas piernas se quedaron en hueso por rebanar la carne que requería su esposo, sin olvidar otras versiones que le escuchaba con toda la atención.



Tenía una artrosis degenerativa manifiesta en las manos, pies y rodillas, várices en las extremidades inferiores a punto de reventar, un dolor permanente de la cabeza que parecía de esas jaquecas rebeldes al tratamiento y que debido a la variedad de síntomas no podía ser encasillada....

Irrumpía en el consultorio médico sin golpear la puerta, para depositar un repertorio de abundante sintomatología desde la punta del pelo hasta la punta del pie, para luego relatar su botánico y folclórico tratamiento con las más variadas yerbas y todos los beneficios de cada una, a más de un arsenal de pastillas de las que ella decidía cuál tomar de acuerdo al porte y color. Por un buen tiempo se resintió porque le dije que requería turno para su atención, esto repercutió en un ausentismo laboral frecuente porque iba al IESS a pedir curación para sus dolencias sin conseguir resultado alguno.

Las consultas solicitadas eran para pedir Naprosyn, por muchos años fue el medicamento al que decía le tenía fe; cuando llegaba a solicitar esta medicina se vestía con una chompa amarilla canario y comía jaucha de nabos. Ante los problemas bronquiales, comía corazón frito de sapo viudo, cazado en luna tierna y a media noche, era mejor si se hacía un novenario para que surja efecto esta medicina y, claro, ella al sapo viudo le reconocía en los ojos. Para la enfermedad pulmonar o para el riñón, recomendaba comer jícama azada.

Así, acopiaba males y remedios en su imaginación en medio de su ligero grado de retardo mental que nunca supe su origen, fue difícil detectar. Luego de la jubilación, se exilió en su media agua ya postrada por las várices, más otras lesiones de sus piernas y que sumadas a la soledad y el abandono de los suyos le llevó a la muerte. La imagen de la Chabelita nunca abandonó el corazón de quienes le conocimos.





## LUISA VICENTA DE LAS MAREAS

A menudo voy a la playa y disfruto intensamente de los atardeceres en el horizonte y el cielo que se oscurece con el vuelo manso de las gaviotas. Llevo mi maletín de médico con estetoscopio y tensiómetro, implementos importantes para evaluar los signos vitales de un paciente y que más de una vez me han servido para ayudar a salir de alguna emergencia o estar atenta a los gestos de la muerte, mucho más que a los gestos de la vida.

De regreso, ya casi en la noche, tuve sed y me detuve en un lugar; para mí sorpresa, la imagen de la dueña se me hizo familiar. En un mostrador, una señora de aspecto triste y resignado, me quedó mirando, me sonrió y me dijo: - ¿ya no se acuerda de mí? Doctora, soy Luisa. ¡Cómo ha pasado el tiempo!, vine a vivir acá al mar, pero como usted verá estoy sola, mi esposo salió del puerto y nunca más regresó; él era afable y extrovertido, me hubiera gustado que estuviera vivo junto a mí.

Le dije que volvería para conversar con ella y no dudé en su satisfacción por la espera de mi visita. Veía de reojo esa casona antigua, una sombría mansión de piedra que algún día fue esplendorosa y señorial, han quedado sus columnas y soportal y, a un costado, un espacio pequeño que utilizaba



doña Luisa como tienda de abastos para los caminantes y dos toldos en donde expendía bebidas como colas y cervezas.

Sin duda, regresé luego de dos días a visitar a doña Luisa, me llamó mucho la atención los frescos, las cenefas que adornaban la sala principal todavía se conservan mientras los dinteles de las puertas y los marcos de las ventanas están envejecidos; espacios esplendorosos de otras épocas donde los sueños y la espera de las mujeres de la casa por el barco que nunca volvió a calar en puerto se desvanecía y el amor se esfumaba entre las olas. ¿Qué fantasmas vestidos de marineros, atravesaron estos misteriosos pilares? ¿A qué gatos desconocidos acariciaron sus habitantes? Gárgolas caídas de la proa de las embarcaciones, diluidas por más de cien años.

Así, doña Luisa fue desmadejando su vida, hundiéndose en la melancolía por no tener la hija que siempre soñó, me relataba que tuvo un accidente del cual se salvó de milagro y que pasó mucho tiempo con su pierna derecha enyesada, pero el fémur no recuperó la estructura anormal, se infectó el hueso y no hubo manera de curarle hasta que le amputaron la pierna desde la rodilla, limitando mucho sus salidas, sus andanzas y nunca más volvió a bailar, eso que tanto que le gustaba.

Tenía una escara enorme de difícil resolución por la postración, se sustentaba de los escasos ingresos que le daba la tienda, pero el problema mayor era que la casona grande a la que refiero no le pertenecía, tenía otro dueño

y cuando quiso venderla para curar sus males a más de los setenta años, se resolvió morir en un asilo de ancianos de Guayaquil.

Llegaban en los atardeceres hasta su horizonte las gaviotas. ¿Cómo serían las noches oscuras de esos cielos, antes de que aparezcan las estrellas? ¿Qué matices de vino tinto acompañaban a sus tertulias? ¿Qué sonido de música avivaba los encuentros y desencuentros? ¿A dónde iban a parar tantos suspiros recolectados por sus dueños? ¿Cuántas miradas perdidas en sus rincones? ¿Cuál era el curandero de sus soledades? ¿Cuál fue la cura para el dolor de amores incumplidos? ¿Quién les redimía de su amor y sus carencias? ¿Cómo asumirían el inevitable desierto de la muerte? ¿Cómo serían las bancas, los muebles de esta casa antigua, antiquísima? ¡Cuántos aires!, ¡cuántos adioses!, ¡cuántos buques zarpando!, ¡cuántos amores desarmados por las ausencias!

Regreso a la playa, observo un mar rabioso, ha crecido la espuma, reventando apasionada contra las rocas. Me protejo por un espigón que impide que me llegue el agua salada hasta mi rostro, inhalo el aire fresco, se me aliviana el corazón. Mis nietos, pies descalzos sobre la arena humedecida, corren en pos de las jaibas; sus ojos inquietos y curiosos observan el movimiento ágil de sus pinzas, tenazas amenazadoras que se pierden en las oquedades de su escondite hasta que el viento los lleve de vuelta al vaivén de los mares. ¡Cuántas bacterias y microbios están en sus aguas! ¡Cuánta vida marina danza en sus adentros!



Observo extasiada el sol que  
poco a poco se zambulle en  
el mar...

Joaquín habita en la playa y gozo intensamente cuando me visita en Gualaceo, viene a verme por muy pocos días, dice que el ruido del mar le tiene atrapado. Yo cargo entre mis placeres las noches de luna llena cuando, desde la ventana, veo brillar el cielo, me levanto y estiro el cuello para divisar a lo lejos las crestas de espuma blanca que, sin duda, se tienden mansamente en la arena, mientras el zig-zag flameante de las ramas de las palmeras frente a mis ojos, viajan en segundos acercándose a la silueta de mi hijo, puerto fácil donde ancla el corazón de las madres.

Es el atardecer, estoy en la playa, soñando que sueño, que soñamos. Me siento un poco aletargada por el clima caluroso de estas horas como esa sensación de una prolongada siesta en una cómoda poltrona que se balancea y que acuna dulcemente, otras veces en una hamaca verde limón de flecos blancos que me permite desde mi dormitorio observar el movimiento y el zig-zag del enorme follaje de las hojas de las palmeras, mientras miro la blanca espuma del mar que se deshace y se tiende suavemente en la arena... Siento la curvatura débil de mi espalda, acurrucándose en este espacio cálido como en el vientre intrauterino, como madriguera que me protege del asalto de las pesadillas,

aferrándome al ensueño de un viaje aterciopelado por la misteriosa mar océano, abrazando el recuerdo de aquel que un día se fue sin despedirse.

Amanecer en medio de la pandemia es disfrutar la vida en su esplendor, camino por la orilla del mar con ojos nuevos, converso con un pescador pisando la arenisca húmeda que dejan las mareas, regreso despacio por el muelle, acostumbrándome al olfato plateado del pescado fresco, así como a la hediondez repulsiva del marisco podrido.

Pies mojados, humedecidos.  
mar de aguas tibias y saladas.  
nostalgia encadenada a tus mareas.

Cuerpo ansioso de vaciarse  
y cabalgar la cresta de tus olas,  
mientras la brisa invade mis adentros.



Cuerpos revolcándose en la arena,  
besando, amando los silencios.  
Ilusiones perforando el corazón,  
quiseñor cantando  
en el caracol de mis oídos.

Cada uno tenemos una historia muy propia, con raíces que se hunden en las generaciones de los abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y aún más atrás, en los primitivos antepasados.

Y otra vez en la playa, en la danza de los mares, mi espacio y mi rincón, aquí ejerzo con libertad la escritura, las palabras y las letras, deslizándose por el papel bond blanco. Escucho con el corazón, pensando desde hace algún tiempo a dónde van las aves cuando mueren, no se ven, no les encuentro muertas, hasta dónde llega su instinto migratorio, ellas tienen cuerpo y su espíritu se camufla entre los matorrales y la vegetación: albatros viajeros, alcatraces, pelicanos, flamencos, gaviotas volando en perfecta sincronía, ¿en dónde yacen las palomas luego de vivir treinta años?, ¿dónde quedan sus restos y tantas plumas?, ¿en dónde estará su estancia?, ¿se llevará de un solo golpe el ventarrón o las auroras o les pulverizará el crepúsculo?

Veo al pescador tejiendo de color verde esmeralda sus redes, zurciendo aquellas rotas y viejas, para la salida mañanera, pies descalzos, pantalón con sus bastas dobladas y mojado con el agua salada tapizando su piel, desenterrado la balsa para emprender esa jornada incierta, de atrapar el pez plateado resbaladizo que se esquiva entre las olas.

Tengo entre mis manos un puñado de arena y juego soltándola de arriba para abajo como un reloj de arena. Si cada grano fuera una ración de pan, el hambre y la miseria desaparecerían, aunque al mismo tiempo me acordaba: no solo de pan vive el hombre.

Me enclaustro los fines de semana para reírme de la vida y de la muerte, para despacito contemplar las flores, los olores, para no desperdiciar tanto amor, a veces vacío, a veces lleno. Siento el placer de mis pies al caminar por la arena mojada y cuando por momentos cubren de espuma el filo de mis huesos y ya, en la noche, siento el ruido suave que hace el mar ya sin los ruidosos hombres.

Mi cuerpo, tras la cremación, ya convertido en un puño de cenizas, a veces pienso que deberá ser tirado al mar, así no se secarán las lágrimas represadas, así se confundirá mi llanto con las mareas que rozarán la proa de los barcos, o los acantilados, que no me seque, que me recicle en el infinito azul de cielos, quizá mis lágrimas se vuelvan alegría.





## RUTH MAGDALENA DE LOS MILAGROS

*¡Ay! mi caracola, sigues metida  
en la hendidura de mi cuerpo.*

*En qué osquedad te has alojado  
caparazón misterioso que  
caminas sinuosamente  
apretando mis células,  
atardeciendo el tiempo antes del ocaso.*



Yo que he pintado  
de color verde el bosque  
de mi vida,  
con frescor de cielo los campos  
y las siembras.

estoy en sequía, en búsqueda  
de agua y del rocío  
para volver a soñar, para  
nutrirme agradecida como antes.

Acorralada por el caracol  
danzarín invadiendo  
mi silencio  
cabalgaba y galopaba  
mientras abatida, arrullaba  
ablandando el dolor  
entre el rezo y los suspiros.

A los setenta y cinco años de edad, ya jubilada, Ruth Magdalena de los Milagros –médico de profesión– tenía una vida tranquila, serena, suave, amable y casi perfecta, pero la obcecada realidad tiende, de un momento a otro, a desbaratarse, a desmoronarse, a deshacerse. Un día cualquiera, un huracán imparable, con gran fuerza y turbulencia, golpeó sin parar la débil estructura de su pabellón auricular y un dolor inaguantable de su oído le llevó al hospital apretándose con la palma de su mano para aplacar ese martilleo que le causaba llanto y sufrimiento.



Golpes de tambores y timbales estallaban en el fondo de su casquete craneal, parecía que un extraño ser –resentido y enconado como caracol– presionada con sus bordes dentellados como roca dura sin que nadie pueda detenerlo, sujetando sus anclas en arenas movedizas y juguetonas del oído de Ruth Magdalena de los Milagros. Ella, cual ninfa solitaria, le cantaba una canción de cuna a ver si así podía aplacar su insaciable avidez, otras veces entontaba la bocina clamando ayuda desde el paraje andino. Se fue arrastrado poco a poco a la orilla espumante de un rompeolas, tratando de asirse de alguna grieta o de algún penacho para salir a flote, juntando las lágrimas, el dolor y el grito herido para rebalsar hacia el agua mansa y tierna que se tiende en la playa.

Apoyaba su cuerpo en el de su compañero de jornadas y sueños –también médico–, seguía las huellas de sus pisadas cuando caminaba la noche de ese sábado de octubre, en estos espacios en donde otrora fuera su recinto, su lucha y su cuartel por muchos años. Así, disminuida por el dolor y sus múltiples miedos, por breves instantes cabeceaba en búsqueda del sueño postergado, extraviado los últimos días por tanto dolor.

Por momentos, atolondrado por la búsqueda de una cama, de un espacio para Magdalena, husmeaba todos los rincones y recovecos tan conocidos del hospital. Cual puma herido, prolongaba el iris de sus ojos como rayos luminosos, como linternas que encandilaban la retina de

otros trashumantes que ignoraban su presencia, estaban ocupados en otros menesteres, no se detenían. Buscaba algún colega para realizar los exámenes que apremian, de algún anestésico para calmar el dolor que taladraba las profundidades de la cabeza de su esposa, se deslizaba por todas partes y recorría las dependencias con su aguda mirada, con pasos detectivescos y alargados como los de la Pantera Rosa, buscando el rostro de algún tecno-humano, de algún conocido de otros tiempos, de épocas pasadas cuando el personal estaba presto a su solicitud. Como cóndor herido, deambulaba en ese escenario nocturno indignado por la humillación, pues ya nadie le reconocía a pesar de ser el gestor del equipamiento del hospital con toda la tecnología de punta que ahora gozaba. El guardia de la puerta principal del hospital tampoco le conocía y como manda el reglamento le impidió la entrada; agotando toda súplica mientras la puerta permanecía entreabierta divisó a una enfermera que le reconoció y saludó cariñosa al ex director del hospital.

Todas estas peripecias vividas acrecentaron su cariño por este médico, que llevaba su misión con verdadera vocación de servicio y aunque truene, llueva o escampe siempre está al pie de la cama de sus pacientes. Ahora podía reconfirmar la certeza del camino andado y compartido con quien le atendía ahora como su paciente con tanta diligencia. En la estadía de una cama hospitalaria, cuando el silencio anidaba en la garganta de Ruth Magdalena, en forma de fisuras, de desgarros que no se pueden remendar, ni retocar



con palabras que están atrapadas en una caracola adolorida que no le deja vivir en paz, que le mantiene cautiva por sus movimientos, por sus contorciones, ella recordaba su vida en estos pasillos y habitaciones junto a este médico amado.

El cuarto que se le asignó tenía tres camas, el de ella, cerca de una ventana grande cubierta con una desgastada cortina verde que a la luz del alba irrumpía el sueño de las madrugadas; estaba separada por una tela semitransparente. Su compañera de cuarto tenía más o menos setenta años, tenía en su abdomen un cráter verde pestilente de unos diez centímetros de diámetro por un tumor del intestino que eclosionó gracias a a las súplicas hechas al Hermano Gregorio.

Amanecía más pronto de lo previsto por el ruido metálico de los rieles de las cortinas que desplazaban bruscamente el personal de limpieza encandilando sus ojos. En la otra cama, una señora de pelo cano, ya viejecita, con un rostro muy parecido al de la abuelita de la película de Coco –maravillosa película mexicana–, cuando la vimos nos enterneció el alma a todos; ella tenía en el cuello unos colgajos que le envolvían como una gargantilla, era una metástasis ganglionar enormemente diseminada. Cuando Magdalena decidió tomar un baño en la mañana y como no tenía toalla, ella generosamente le ofreció la suya, agradeció inmensamente esa prenda café deshilachada y desteñida cuyos tintes se quedaron sellados para siempre en los confines de su corazón.

Cada mañana veía el consabido desfile de una cuadrilla de pingüinos que, con sus trajes blancos y engominados, nunca se interesaron por saber su nombre, aunque ella sí podía leer los suyos: Danielas, Verónicas, Jessicas, Cristinas. ¡Por cierto!, el cartel con su nombre sobre la cama decía Doña Magdalena, número 52595. Detrás de tanta máscara y comparsas afásicas que van y vienen, los médicos del futuro no dejaron huella alguna en ella, ni siquiera repararon en su nombre. Luego llegaban las enfermeras y el sonido de las fichas médicas llenaba el ambiente, mientras algunas afanosas hacían anotaciones y otras bostezaban al pasar el turno en esta danza de dolor y angustias de los pacientes. Oportunidades para dulcificar la vida, para practicar el arte sagrado del silencio. Se decía: renuevo los instantes, recargo energía, lloro hasta mojar mi cara, cascadas de luz para mis adentros. Me pierdo en los ojos negros capulí de mi nieto Inti en el retrato que tengo en el celular y la vivaz mirada del Tzui combinada con sus rizadas pestañas que me hipnotizan, me dan vida, arándanos danzarines dan vueltas en mi cabeza mejorando mis dolencias.

Cuando se sentía sola, se percibía invertebrada cargando todo el peso de la mialgia de la humanidad, rodeada de mangueras plásticas, agujas que pinchaban, líquidos que se introducen en el brazo como fuego candente que, sin escapatoria, aceptaba disgustada, cerrando los ojos para retornar, para remendar poco a poco los síntomas con que este caracol le abrazaba, le estrangulaba y no quería soltarla.



El ánimo de Ruth Magdalena variaba mucho, con una imaginación imparable alimentada por el sinsentido que nos toca vivir y en donde nada pasa del todo, los sueños vuelven a instalarse en ella y los muertos aparecen, mientras a los vivos muchas veces les hacemos morir cuando aún están despiertos.

Escucha los pasos de su marido que van acercándose y dará oídos a sus quejas y dolores, su linda familia se manifiesta con todos sus afanes para encontrar una respuesta, un diagnóstico de su salud y a través de los alimentos le invaden de ricas golosinas hasta armar una auténtica pampamesa que disfrutó como nunca, pese a la irrupción inesperada del personal de enfermería que se vieron sorprendidos antes este suceso. Incluso se hizo a un lado ante la caída de un apetitoso aguacate que se deslizó por el piso; escena para no olvidar jamás.

El mundo de las congojas ahuyenta a la gente, a veces se vuelve insoportable. Toda queja tiene fecha de caducidad, es tolerable por una temporada, caso contrario hasta los más cercanos se apartan, por eso Ruth Magdalena sueña dormir las noches completas hasta despertar cuando el médico firme el alta.

Ya murió el señor del cuarto del frente, el mundo es tan de los vivos y tan poco de los muertos, de esos que dejaron tantos proyectos por realizar, palabras sin pronunciar, los que creyeron en hacerlo otro día, en tal vez mañana, en los

mandiles todavía colgados porque aún no se despidió de quien se fue sin avisar. Sus recuerdos aparecen a menudo refugiándose en la piel blanca de su oso, para que suavice su estadía y le enseñe el otro lado del vivir.

Pasan los días y se van amortiguando sus males, el molusco invasor y su carapacho se va desalojando, aunque sin prisa de este espacio ajeno, mientras sueña volver a casa en Gualaceo para retomar la normalidad, para escuchar un te quiero mañanero y el sonido del viento al retirársela tarde. Cuando enfermamos, nos permitimos con toda libertad añorar a los muertos porque vamos tras ellos, porque todos caminamos hacia el olvido.

Somos remedos de gente desconocida, parientes políticos que no preguntaron por nosotros, otros más cercanos que nunca se acercaron, otros pasaron de largo, a otros había que tenerles más cerca, otros inesperados que se detuvieron averiguando curiosos su diagnóstico. Muchos, en estos eventos, desaparecen del apelativo de amigos, pocos son los que van quedando, los saldos, los sobrevivientes que agonizan con el tiempo en el desván de los recuerdos.

Apreciamos con la enfermedad y en las dudas cualquier contacto, cualquier palabra, cualquier migaja, una voz amable, una sonrisa, un eco cariñoso que todavía oye su tímpano en alerta, en pos del canto de los pájaros y del ruido que hace el arroyo al humedecer la tierra.

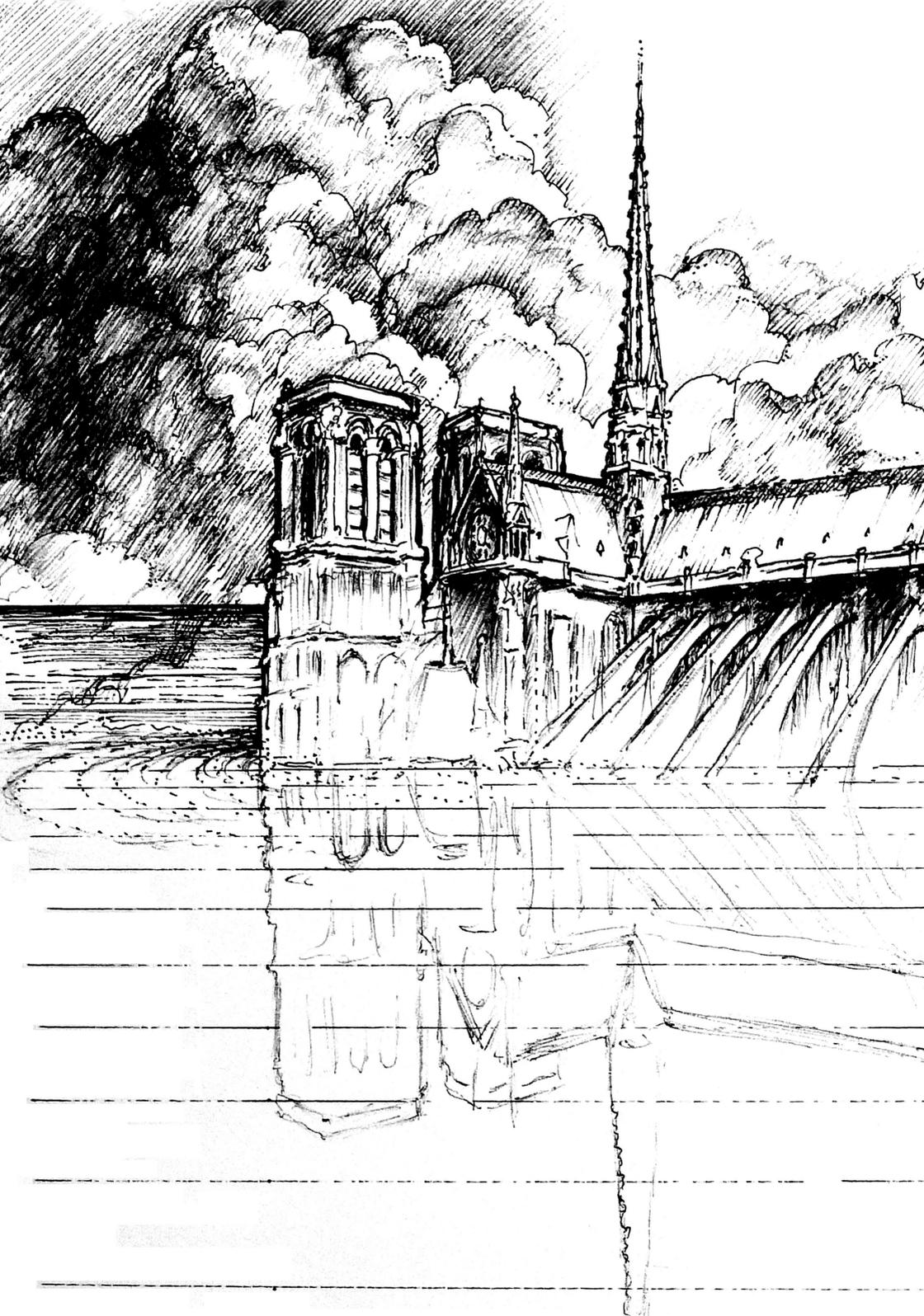


¡Quiero volver a reír!  
cumpliendo mis sueños,  
con la risa de mis nietos,  
con el abrazo de mis nietas.

Hacer una ronda tomada  
de la mano de mis hermanas  
antes que la burbuja estalle  
volviendo a su estado natural  
al origen primigenio  
de las formas.

En la cama danzo y bailo  
al ritmo de las horas.  
Pie aterciopelado pisando la tierra.

Viago al pasado,  
remojo un manojo de tiempo  
y lo aprieto contra mi pecho.







## VISITAS DOMICILIARIAS

No sé por qué extraña razón a mí me gustaba hacer los viernes por la tarde la consulta médica domiciliaria, incluso mis compañeros cambiaban sus salidas conmigo cuando les asignaban esta tarea. Eran personas de la tercera edad que no pueden –por razones de movilización o económicas– llegar al consultorio, luego de un trabajo de servicio social. En estos escenarios, la conducta humana, cuando acecha la vejez y la enfermedad es muy variable: en pobreza hay gratitud y humildad sin límites, en riqueza hay exigencia, mirada inquisidora y cuestionadora.

La distancia entre los mundos es enorme. La casa donde vivimos dice mucho de nuestro pequeño y gran universo, habla de sus hábitos, de sus sueños, de sus realidades, ofreciéndonos un paisaje particular en donde los consejos y la terapéutica dan mejores resultados cuando el paciente es buen colaborador y, entonces, sus confesiones sencillas y diáfanos arropaban mi mandil blanco y mi metálico estetoscopio. Espacios pequeños y limpios que tienen lo necesario mientras en otros, acumulando cosas, coleccionando, guardando, atesorando bienes que con el paso de los años pesan y su desprendimiento se vuelve un despellejamiento que duele, se vuelve enfermedad y deja ver la nacarada osamenta de los huesos.

A don Alfonso le visité durante mucho tiempo, su esposa



de sesenta y cinco años provocaba malestar en su marido cuando hacía algún ademán que le contradecía. Así son los vaivenes de la convivencia y en la que cada quien cree tener la razón y ya es historia pasada el tiempo del cortejo y de los besos robados. Perder, perderse en la muerte de las horas, perder el vigor de los años, perderse en ilusión y la desilusión, pérdidas insoportables de hijos –prolongación de nuestra piel– enterrando a sus progenitores poco a poco, precipitándoles al vacío, rebanándoles el abrazo embriagador de los encuentros.

Asoma en aquel momento, sin darnos cuenta, la intolerancia por el aburrimiento con que arrasa la costumbre, la aceptación de este viaje a dúo en el recuento de sus pérdidas: de su lozana piel, de su sonrisa amplia de dientes rectos y blancos, de los ojos abiertos al asombro, de la mirada y estatura varonil detrás del chaleco y del sombrero, de la turgencia de los senos para dar paso a la flacidez del abdomen por sus numerosos partos, a veces atendidos por médico y otras por una persona empírica.

En la vejez hay un sinnúmero de acomodos orgánicos, nos duele el hombro y antes de agacharse hay que pensarlo dos veces; pero lo más curioso es esa complicidad en el asentimiento del mentón ante cualquier relato, sin contradecir aquella verdad a medias con que se afianza la relación; hay también, sin embargo, una fuerza aplastante con la que mantenemos las apariencias, pero un día cualquiera y de manera súbita asoma la histeria, muchas

veces acorralada por la sumisión o dependencia económica, comportamientos que observaba muchas veces en las visitas domiciliarias.

Épocas en las que el corazón les acompaña con su latido y los suspiros brotan como crujiendo los recuerdos, los sinsabores pasados y las inciertas apuestas futuras, aunque se vuelven más pequeños porque los espacios entre las vértebras también disminuyen, apareciendo la joroba y su atención a las noticias aumenta, para que el cerebro no se enmohezca y las ideas nos mantengan en el cuadrilátero.

Observo también que, envejeciendo y enfermando, nos vamos haciendo más creyentes, más espirituales, nombramos a cada rato a Jesús, a María y a todos los santos de nuestra cercanía para que nos guarden del dolor y los peligros. Lejos quedó la juventud, cuando el tiempo no cuenta, el goce de vivir es enorme y se confía sin duda alguna en el futuro, en los amigos y en la buena estrella para luego aceptar que el tiempo que dura cada etapa es el preciso y justo que se necesita.

Nos detenemos a narrar largamente la juventud pasada, confeccionando biografías de cincuenta y sesenta años, cuando sabemos que todo pasa galopando a toda velocidad, mientras nosotros queremos detener el reloj de la vida que camina vertiginosamente, disgregándose como algodón de azúcar, confite dorado, relámpago que estalla en el vacío.



Cuando acudía a domicilios, tenía la extraña manía de sugerir –a más de las indicaciones y la receta– poner un vaso o un frasco de vidrio con flores coloridas, así estarían acompañando a esos lindos tapetes bellamente tejidos que lucían solitarios sobre las mesas y los veladores en varios rincones de la casa. Con seguridad, cuando regresaba al mes siguiente me esperaban tras la malla del cerramiento con sus rostros alegres para mostrarme primerito su elegante florero.

Otros días, descuidaban en absoluto la limpieza y sus manteles plásticos se veían respunteados de miniaturas negras de las excretas de mosca y sus cobijas estaban de mal olor y amarillentas, ¿quién sabe cuántos antepasados ya difuntos cubrieron su cuerpo con estas gruesas y afamadas cobijas atigradas que venían desde Huaquillas?

## MEMORIAS DE LA MEDICINA RURAL

Recuerdo el esperado día del sorteo de las plazas para el año de medicina rural –prácticas previas y obligatorias para la obtención del título de médico–, más de cien estudiantes llenaban el Auditorio de la Escuela de Medicina en los años ochenta. En ese silencio lleno de expectativas, escucho primero mi nombre, seguro por mi apellido o por recién casada o por tener una niña de pocos meses y darme la oportunidad de escoger la mejor opción para mi práctica en cualquier parroquia cercana a la ciudad, es decir a quince o a treinta minutos de mi casa.

Sin embargo, por un previo acuerdo con mi compañero de profesión y de vida, decidimos aventurarnos a la selva, a la capital de la provincia de Morona Santiago, al Oriente ecuatoriano a un sitio muy distante en ese entonces; debimos conducir catorce horas desde Cuenca por un camino angosto serpenteado y lleno de precipicios hasta llegar a nuestro escogido destino. Mis padres nos prestaron una pequeña furgoneta –utilizada para los paseos con nuestra numerosa familia– para trasladarnos e iniciar nuestras prácticas como médicos rurales y, por un tiempo, se convirtió en ambulancia para el traslado de los enfermos graves desde donde la humedad y llovizna permanente complicaban la salida desde aquellas comunidades ubicadas en los más distantes puntos, en los límites de la selva amazónica.



Días antes de nuestro viaje, mi amorosa e inteligente madre, vestida con un abrigo de paño plomo y con sus labios delicadamente pintados –conservaba aun sus dientes blancos y alineados– me llevó a comprar un juego de seis ollas de aluminio de tapa azul y el infaltable sartén, utensilios indispensables en la cocina. Actualizo en mi memoria su emoción, su sonrisa al explicarme en cuál puedo hacer la sopita caliente para el marido –incluido el aderezo de achote que solo ella preparaba–, la ollita más chica para hacer una colada de avena y banano para su tierna nieta.

Tiempos para el amor, para el abrazo sin límites, para la risa sonora. No dejó de mandarnos para saborear durante el viaje, una bolsita de pan calentito del horno de Todos Santos que luego nos haría falta. Así salimos con mi pequeña niña en lactancia, rumbo a Macas; tenía todo, todo me pertenecía, yo la dueña del mundo. Los tres viajeros, con sueños e ilusiones, convertíamos la bruma y la neblina que nos envolvía en el trayecto, en espuma blanca y en juego de volteretas desbordadas entre las nubes y los balbuceos de mi hija, sonoridades que convertidos en armoniosos cascabeles me acompañaban junto con sus azules ojos, inundando el sol radiante de mis días.

Esperaba con curiosidad divisar entre la espesa vegetación o en el claro oscuro de las ramas de los árboles o en las lianas a los chimpancés balanceándose, mientras me imaginaba jugar y reír con ellos dándoles mi mano, mis dos manos, como en las películas del Tarzán –serie de televisión muy

popular cuando era adolescente—. Así, con la inocencia pura del corazón y sin saber mayor cosa de la geografía de mi Patria, en la dulce compañía y con la fina textura del rostro de mi hija María Virginia acariciando mi mejilla, me aventuré a vivir por doce meses en la “civilización perdida”.

Tiempo para soñar los propios sueños, fantasía selvática cromada de verdes extensiones, con los ojos solo atentos en la gente y en los paisajes, sin atrevernos a comentar el escenario equivocado al que habíamos llegado.

Me gustó mucho la casita de color azul hecha de tabloncitos de madera, con un balcón a la entrada, y el sonoro techo de hojas zinc que, al caer las gruesas gotas de la lluvia, ensordecía las palabras y al que terminé no sólo acostumbrándome sino incluso descansando con él luego de la intensa jornada de trabajo en el Hospital. No sé qué contacto hizo mi madre para que ese espacio nos esperara, nos cobijara y nos protegiera en medio del inhóspito clima del oriente a su tierna y adorada nieta.

Al despertar de nuestro primer día me llamó la atención el cuello blanco y zigzagueante del Sangay y una sudoración profusa en la piel y en la ropa que le producía una especie de incómodo letargo que impedía a mi niña conciliar el sueño. En el reconocimiento de Macas, sus habitantes ya acostumbrados a las inclemencias del clima se dedicaban al comercio, adornaban el frente de las viviendas con los más variados colores y diseños, lejos de mis ojos observar la fauna acunada en mis pensamientos, fabricada solo en mi imaginación y en mis adentros.



Pudimos gozar de la suavidad de la carne asada –reses jóvenes faenadas a mitad de precio–, no olvido la algodonosa y blanca yuca deshaciéndose en la boca, el queso con el sabor a leche pura y recién ordeñada y a la vista una taza de agüita de guayusa, bebida tentadora que muy a menudo doña Blanquita yapaba gustosa a los doctores del hospital.

En ese ambiente, entre el apurado repasar de las páginas de farmacología, de diagnósticos fallidos, de aciertos sorprendidos que nos da la práctica frente a la teoría se desenvolvía nuestro quehacer rural. Rodeados de la inmensa gratitud recibida de los pacientes por la salud y el bienestar devuelto, era intensamente feliz al aliviar en algo sus pesares y dolores, aprendiendo a entender el lenguaje de las dolencias, apostando a curar, a poner lo mejor de mí y sentir cuánto dista el aprendizaje universitario frente a una realidad que arrasa, terapeutas que a destajos queremos despejar el camino, imprimir en una página en blanco los acentos y la interrogación de los instantes con que la vida nos atenaza, nos libera, nos ata o nos desata.

Poco a poco fuimos acomodando la casa y colocando toldos sobre la cama y un corral pequeño de nuestra hija para disminuir en algo ese ataque nocturno tan molesto de mosquitos y otros insectos que nos picaban en todo el cuerpo. Recuerdo que una mañana me emocioné al mirar la eclosión inesperada de unas flores aterciopeladas adornando primorosamente una maceta de color amarillo que colgaba de una atractiva estructura de madera.

A inicios de los ochenta se agudizaron los viejos problemas limítrofes entre Ecuador y Perú, por la radio se escuchaban las escaramuzas de la guerra mientras escuchábamos sobrevolar sobre los destartados techos de zinc de las casas, aviones que suponíamos eran enemigos y venían a atacarnos; noticia que se difundió como un huracán a todos los rincones y el horror a que las bomba destruyeran la ciudad, tejiéndose un murmullo de palabras inconclusas, ¿a dónde irnos?, ¿a dónde correr?, ¿dónde escondernos? El miedo nos envolvía a todos.

Tiempos de miedos, de interferencias en la comunicación, tiempos del perdón, de los te quiero, de los recados a los seres queridos, de los sollozos y las despedidas. Así amanecían los días con el zumbido de aviones, unas veces reales y otras imaginarias, mientras una psicosis y pánico colectivo se apoderaron de la ciudad oriental y mucha gente se agachaba ante el mínimo ruido, en actitud de huida o de parálisis. Recuerdo que la gente llenaba de agua grandes envases de plástico y las pocas despensas de Macas se vaciaban comprando lo que se podía en ese momento.

Nos atrincheramos en el hospital, con amaneceres de incertidumbre y de silencios, donde solo los azules ojos y la risa juguetona de mi pequeña hija se instalaron en el centro de mi corazón, anhelando despertar de esta pesadilla que golpeaba piel adentro. Nuestra furgoneta, en el fragor de la guerra y mientras el sentimiento patrio se hacía presente, pintamos el techo del carro de color verde claro-oscuro y en



el centro una Cruz Roja para que respeten a los enfermos que se trasladarían en la ambulancia, así, en mi mente, la Casa de Salud se convirtió en nuestra fortaleza que ahuyentaría a los bombarderos.

Sin embargo, tuve que regresar a Cuenca, donde mi madre me esperaba con mi pequeña hija, dejando atrás a mi héroe valiente para que defienda al Ecuador amenazado por los vecinos del sur. Era imposible comunicarse con mi hermano Juan –piloto militar recién llegado de Israel y especializado en caza bombarderos– que atento a la señal del alto Comando debía presionar el botón que liberaba bombas destructoras en suelo enemigo del Perú, mientras, mi angustiada madre pagaba unas horas de rezo en el Monasterio de las Conceptas para que la guerra se termine y porque la vida de su adorado hijo estaba el juego y ese peligro le rompía el corazón en mil pedazos.

A fines de agosto, cargada de colchones, trastes de la mudanza, lloré a mares dejando atrás ese escenario en donde la gente del pueblo me mimaba, me saludaba, me regalaba amor y agradecimiento sin merecerlo; tanta gente con sus rostros que cargo en la mochila de mis recuerdos, sabiendo que cada segundo alguien está fuera de este mundo, con su imagen entrecruzada en el aire que caminamos, y ni se diga las almas de nuestros padres y seres queridos, que viajan con nosotros a través de los senderos del tiempo.

Vivir por un espacio corto de tiempo en un pueblo en donde la presencia del médico es tan importante en la comunidad,

sin duda que deja huellas, épocas de decisiones clínicas duras y de formación espiritual y de introducción a la vida profesional resueltas entre el insomnio y la fe, así cada día de mi permanencia en el Oriente fue lo mejor que me ha ocurrido y en mi memoria reescribo las biografías humanas que, por ser tan humanas, están impresas en papel blanco que navegan limpiamente en puntillados recuerdos.

Encuentros con el ayer que nos revitalizan y alegran, aunque las palabras faltan para escribir los recuerdos que refrescan mi vida como melodía dulce, esa vida vivida a plenitud en el afán de servicio, para mí, deleite jugoso para el paladar.



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

# Nusta y el Manchas

a modo de epílogo

Me gusta acostarme en los matorrales, cansarme caminando por el campo, saltar los riachuelos, mojarme en las cascadas arrimar la hojarasca perfumada de la tierra al macizo angosto de mi cara.

Estoy con un libro entre mis manos y en la cama me enderezo lentamente, se me han amortiguado las piernas. Salgo a espiar por qué ladran los perros, es el atardecer, es la hora en que me invade la tristeza. Observo una orquídea de color púrpura matizada con azul y blanco, enredada en la ventana como si estuviera invitándome con su serpenteo a detenerme y mirar su inocente sensualidad, a disfrutar de las cosas bellas de la vida mientras me invade su perfume que me lleva a mi madre y a alabar al buen Dios a dúo; atrapo con mi cámara su colorido, instantes mágicos para compartir con mis hijos y los que amo.

Mi perro Manchas tiene más de quince años rondando por estos lares, tiempo que equivale a más de cien años en un ser humano. No sé si tiene conciencia de la finitud, no sé si sabe que su presencia ya está eternizada en mi memoria por tantos vástagos que dejó luego de caminar varios kilómetros a la redonda desde la casa siguiendo instinto; cientos de veces regresó lesionado, casi degollado, herida la pierna, el brazo fracturados y con heridas expuestas, ojos rasgados sangrando, oreja mutilada, pero nunca perdió el apetito que me empeñaba que no le faltase nunca, mientras mi marido le asistía con los cuidados más variados, siguiendo los consejos de Sarita –la jardinera de manos de hada que



tiene mi jardín abonado y florecido—, curó sus fracturas y se le puso emplastos con hierbas como ruda y alélie. Pocos días después se levantó fuerte y vigoroso para continuar en la jefatura perruna del sector y marcar su territorio con su fuerte alarido espantando a los canes intrusos que asomaban por la zona.

Pasó su tiempo de estar en la tierra y con las luces de diciembre fue enterrado, enflaquecido y con su carne flácida que colgaba entre los visibles huesos luego de dos semanas de inapetencia total. No se movió de la puerta de la cocina durante su agonía, con sus ojos casi cerrados por las cataratas seniles, ya sin dientes, sosteniendo una mirada misericordiosa, como yéndose, despidiéndose, empenándose hasta el último en el halago, en la caricia, en escuchar su nombre, olfatear por lo menos los guisos. Sabía que su fin se acercaba por la fuerza irremediable del tiempo que ya no tiene vuelta, el Manchas sabía que la muerte le atrapó de un zarpazo y no lo soltó nunca, ya estaba agotado, indefenso, pero no quería morir solo, necesitaba la presencia de su amo, que a ratos le ignora. Sus ojos mansos nunca dejaron de seguirme, al igual que su cuerpo cansado, cruzado en el dintel principal de la puerta, para soñar que aún estaba despierto, que su piel vivía aunque su corazón palpita, todavía mueve sus patas como dando el último adiós de las despedidas..

Mis pies friolentos se abrigan con el peso de la Ñusta, una gata color negro tizón que duerme y ronronea cuando despierto. Veo esa mirada que cambia de color, su pupila

dilatada pidiendo el desayuno, iris vertical enigmático cuando escucha el tono de mi voz; se calma, me pide tolerancia, ella es resentida y orgullosa por demás, regresa y se acuesta al pie de la cama para hacerme compañía.







Historias de vida entrelazadas en un relato íntimo entre médico-paciente, historias compartidas en las largas jornadas de la vida hospitalaria, historias recogidas –algunas de ellas– en las silenciosas y solitarias horas de la madrugada, historias decantadas a través de los años, de la memoria y de las letras de Magui Abad Rodas. Personajes bautizados con el Santoral católico como preludeo de la voz de sus pacientes que hablan de soledades y abandonos, de amores fantásticos y desamores, de engaños y ausencias encarnadas en sus dolencias. Relatos que transcurren entre los pasillos, los consultorios, las salas y dormitorios de los hospitales, Historias de Pacientes que te sacan sonrisas, humedecen tus ojos, provocan suspiros y, en especial, reflejan la sociedad en la que vivimos.



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

ISBN: 978-9942-618-25-2



9 789942 618252